

ECOS Y VOCES DE HUAIRASACHA

ROSA ANNABELLI ALVARADO CHAVEZ

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2013

ECOS Y VOCES DE HUAIRASACHA

ROSA ANNABELLI ALVARADO CHAVEZ

Trabajo de Grado
presentado como requisito parcial para optar el título
de Licenciada en Filosofía y Letras

Asesor:
Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2013

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en la tesis de grado son responsabilidad exclusiva de sus autores”.

Artículo 1 del Acuerdo 324 de Octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, febrero de 2013

DEDICATORIA

A mi abuelo Faustino Chávez, pues a sus 98 años es testigo del poder y la magia de la palabra oral en el devenir de San Francisco.

A mi madre María Ruth Chávez Muñoz, a sus sabios consejos, al infinito amor que siempre nos brinda, a su apoyo y motivación incondicional.

A mis hermanos Estefanía y Sebastián, al profundo afecto que nos une, a todo lo que hemos compartido.

A Homero Fernando, al amor que nos une para caminar juntos sobre la piel del tiempo.

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad de Nariño, por ser una senda de conocimiento, vida y descubrimiento.

A los profesores del programa de Licenciatura en Filosofía y Letras, por el conocimiento brindado que hizo nacer en mí un amor profundo por mi carrera.

Al Magister Gonzalo Jiménez Mahecha, un maestro, ya que con su apoyo, constancia, motivación y valiosas orientaciones, me enseñó a valorar el mundo de verdad y magia presente en los relatos populares, y así contribuir al enriquecimiento cultural de mi pueblo.

A la comunidad de San Francisco, y a cada una de las personas con las cuales se dio un encuentro literario y educativo, en que revivieron el poder de la palabra oral para proyectar los relatos al infinito.

Al profesor Luis Álvaro Coral, por sus dibujos tan representativos, que le dan más relevancia a los relatos populares.

A todas aquellas personas que, de una u otra manera, contribuyeron con sus aportes verbales o documentales para la realización de esta investigación.

RESUMEN

El siguiente trabajo de investigación se centra en la tradición oral del municipio de San Francisco, donde las narraciones permitieron descubrir el imaginario social y la herencia cultural, así como las costumbres, el pensamiento, las tradiciones, los orígenes, los significados y las explicaciones a los sucesos que acontecen en el día a día de la comunidad.

Lo anterior se encuentra en los relatos populares que hacen parte de la memoria colectiva, por ello se los considera como la voz de la comunidad, y aunque se encuentran dormidos siempre están esperando que las voces les den vida para colorear la realidad con magia y fantasía.

Además, los relatos populares en el devenir del tiempo han dado apertura a un proceso literario y educativo; personajes como el duende, la Viuda, la Llorona y la Vieja le otorgan un significado a los sucesos que acontecen en la vida cotidiana y, al mismo tiempo, cumplen una función pedagógica al contener experiencias de vida que transmiten valores.

Sin embargo, debido a las exigencias de la actualidad, corren el riesgo de desaparecer; por ello surge la necesidad de proyectarlos hacia el infinito por medio de la escritura, para no permitir que los saberes propios se olviden.

ABSTRACT

The following research work focuses on the oral tradition of the city of San Francisco, where the stories have uncovered the social imaginary and cultural heritage and customs, thought, traditions, origins, meanings and explanations events that occur in the everyday community.

This is found in folk tales that are part of the collective memory, so they are regarded as the voice of the community, and although they are always asleep waiting for the voices they give life to color reality with magic and fantasy.

In addition, popular accounts in the passing of time have opened a literary and educational process; characters like the goblin, the widow, the old crybaby and give meaning to the events that happen in everyday life and at the same time serve an educational function to contain life experiences that convey values.

However, due to the demands of currently at risk of disappearing, so there is a need to project them into infinity through writing, to not allow the proper topics have been forgotten.

KEYWORDS

- Folk Tale (relato popular)
- Oral Tradition (Tradición oral)

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	11
1. EL CAMINO LITERARIO EN HUAIRASACHA, UN RECORRIDO MÁGICO Y EDUCATIVO	14
2. SOBRE LA PIEL DEL VALLE DE SIBUNDOY	21
2.1 De camino a Huairasacha	23
2.2 La fogata, una aventura literaria y educativa	33
2.2.1 Una noche en Huairasacha	34
2.2.2 Contando y sobando	39
2.2.3 Una curandera y sus mágicas palabras	46
2.2.4 Palabras nacidas en las montañas de San Francisco	48
2.2.5 Cosiendo zapatos en el devenir de Huairasacha	51
2.2.6 Las calles testigas del tiempo	54
2.2.7 98 años de existencia	58
3. Conclusiones	63
4. Bibliografía	73

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Vista del Valle de Sibundoy desde San Francisco	21
Figura 2. San Francisco, Putumayo	24
Figura 3. Huarisacha, tierra de vientos y lluvias	32
Figura 4. Reunión familiar en torno al fogón	33
Figura 5. Los sustos del Parque Los Fundadores	38
Figura 6. Don Crisanto Urbano	40
Figura 7. Huaquero en San Francisco	41
Figura 8. La Madremonte	50
Figura 9. Victoria Sánchez	51
Figura 10. La Vieja	52
Figura 11. La Vieja llevándose borrachos	57
Figura 12. Faustino Chávez, 98 años	58
Figura 13. Imagen del duende en San Francisco	59

INTRODUCCIÓN

Este trabajo registra algunos aspectos de la herencia cultural del municipio de San Francisco que aborda creencias, costumbres, elementos educativos, aspectos históricos, entre otros, conservados dentro de la tradición oral, donde se encuentran palabras tejidas con la voz de la comunidad, que se mezclan con la sagrada tierra, la danza de las nubes, los abrazos de las montañas y las miradas de los rostros que le dan vida a este espacio de lluvias y vientos.

Dentro de este contexto nacen los relatos que se basan en sucesos de las sombras invisibles que caminan por la realidad y de historias de vida que han marcado el devenir de la población; de esta manera, cuando se les da vida por medio de la narración, van hilando el imaginario social con significados y símbolos que se incorporan en la sociedad y recrean el medio que los rodea, lo que permite constituir una explicación de acontecimientos que trascienden la realidad.

Esta forma de expresión comunitaria se la pudo registrar al caminar por las calles de la población, donde se dio apertura a un íntimo encuentro literario y educativo con personas que se distinguen por ser conocedoras del pasado y de la memoria colectiva de la población y que, aunque vivan en el silencio de la cotidianidad, son importantes para la comunidad, porque representan el saber popular ya que en sus relatos se entrelazan espíritus, plantas, fantasmas, aventuras, creencias, costumbres, experiencias y mensajes educativos.

Ahora bien, para contextualizar fue necesario remitirse a monografías sobre el Valle de Sibundoy y de San Francisco, que aclararon el origen y devenir de las comunidades; también permitieron distinguir aspectos culturales y tradicionales presentes en estas tierras; así mismo, para el trabajo de campo sirvieron de apoyo teorías sobre la oralidad, el imaginario social, la tradición oral y los relatos populares.

Además, la investigación fue posible gracias a conversaciones que se dieron en la cotidianidad, en reuniones entorno al fogón, en las tiendas, en los jardines y casas, que llevaron a conocer, comprender, analizar y reflexionar sobre la literatura popular, la tradición oral y la importancia de los relatos en la formación comunitaria, que encamina a un proceso educativo; a continuación se dará a conocer algunos de los relatos más representativos de la comunidad, al ser parte del imaginario colectivo y contener elementos simbólicos, educativos e históricos.

Con ello se va a notar que en los relatos la literatura y la educación están entrelazadas, ya que en las narraciones se encuentra el arte de imaginar, y por intermedio de él se expresan enseñanzas acordes a la moral y a los valores que caracterizan a la comunidad; además, se puede aclarar que la educación no sólo la imparten las instituciones educativas, porque la comunidad también cumple una función de enseñanza a través de su propio saber originado a partir de una concepción del mundo, de una interpretación de la realidad y del conocimiento empírico.

En este sentido, se ha comprendido que la tradición oral, al ser un ejercicio de transmisión de saberes, se puede implementar en el proceso educativo, como una nueva forma de aprendizaje, por lo cual se hace necesario vincular a este proceso a las personas mayores ya que con sus habilidades narrativas enseñan y transmiten su saber aprendido a lo largo de la vida; de esta manera, este trabajo intenta convertirse en material de apoyo para las instituciones educativas, para la comunidad en el presente y en un futuro y, así, lograr despertar interés por la cultura y los saberes propios; como también propugnar por la curiosidad y descubrir nuevos mundos para incentivar la capacidad creadora; aunque algunos piensen que el conocimiento solo está en los libros, en los profesores, en los colegios, en las escuelas, etc., es posible que no tomen en cuenta que la memoria personal, la imaginación, la sabiduría y la palabra oral hacen parte de las enseñanzas comunitarias.

Cabe mencionar que la investigación se centró en la cabecera municipal, por lo tanto quedan abiertas las posibilidades para ampliar el campo de investigación sobre la oralidad a las veredas del municipio donde se pueden presentar otros escenarios por descubrir, para evitar que la memoria colectiva se pierda y, por el contrario, efectuar una labor en el sentido de afianzar la herencia cultural de esta comunidad.

Es importante mencionar que algunas personas se rehusaron a contar y hablar sobre los sucesos sobre los cuales tienen conocimientos, porque expresan que son “cosas del diablo”, pero a pesar de estos tropiezos, la investigación siguió su curso y se encontraron personas que deseaban conversar y proyectar su palabra al infinito; por medio de la fuerza de la voz paralizaban el tiempo y contagiaban la atmósfera y la imaginación con fantasía y magia.

Esto llevó a comprender la importancia de la tradición oral en la comunidad y a notar cómo los relatos son porciones de magia que pintan la realidad y le otorgan vida a espacios y momentos que parecen insignificantes dentro de la cotidianidad, con lo cual se pudieron identificar algunos elementos del imaginario social y el proceso educativo que surge a partir de un ejercicio comunitario.

La metodología precisa para conocer más de cerca aspectos relevantes de la población incluyó la búsqueda bibliográfica y el trabajo de campo para identificar un proceso educativo en el devenir de San Francisco; así mismo va a permitir afianzar la herencia cultural, determinar el significado social y literario de los relatos, como también valorar la importancia de la oralidad en esta comunidad, todo ello conseguido gracias a conversaciones directas, que fueron grabadas y posteriormente escritas.

En este sentido, es importante señalar que la escritura traspasa el olvido para proyectar hacia el infinito los saberes de San Francisco y permite la reconstrucción de la palabra, para embellecerla y envolver a los lectores en la fantasía de los relatos; así, la

lectura los llevará a un viaje mágico para descubrir un mundo desconocido lleno de fantasía, arte, aromas, emociones, y encuentros, que se originan en el recorrido mágico y educativo a través de los caminos de Huairasacha.

En efecto, este trabajo se estructura en cuatro capítulos: cada uno de ellos cumple una función primordial para comprender la importancia de la tradición oral y los relatos populares como procesos literarios y educativos; también cada palabra representa parte de la memoria de San Francisco, que invita a un viaje mágico por estas hermosas tierras, de bellos paisajes y emocionantes relatos.

El primer capítulo habla del camino literario en Huairasacha, el recorrido mágico y educativo que se presenta en esta investigación, así mismo se reflexiona y contextualiza respecto a la tradición oral en esta población; el capítulo segundo expresa algunos datos históricos del Valle de Sibundoy, la fundación de San Francisco y acontecimientos que ayudaron a construir el municipio; también se literaturiza la búsqueda y los encuentros para llegar a los relatos y conseguir su narración, donde aparecen varios personajes que constituyen un mundo que camina con la realidad. En el tercer capítulo se dan a conocer las conclusiones, que destacan algunos de los resultados del trabajo, enfocado a buscar por medio de los relatos afianzar la herencia cultural de la comunidad.

Los relatos representan una parte de la vida que muchas veces no se tiene en cuenta, pero al descubrirse encaminan a abrir espacios y momentos mágicos dentro de la existencia, todo esto originado en los saberes propios que en la actualidad intentan ser opacados, pero con este trabajo se desea evitar que el olvido los alcance.

1. EL CAMINO LITERARIO EN HUAIRASACHA, UN RECORRIDO MÁGICO Y EDUCATIVO

*“Cada sociedad es un río navegable a través de la memoria,
sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales,
vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar”
José María Arguedás*

En cada paso, por las calles de Huairasacha, se siente la mirada de las grandes montañas que abrazan a la población, mientras, en el cielo, las nubes bailan al ritmo del río Putumayo y del San Francisco; en el suave viento se escucha el leve eco de voces que han viajado cien años, en medio de la lluvia, para construir imágenes y símbolos que hacen parte del sentir más profundo de la comunidad, que extiende la existencia a través del sacro poder de la palabra oral.

Sin embargo, se observa que las exigencias del mundo actual convierten a la cotidianidad en una jaula, se encierra a la existencia en un ritmo acelerado y la vida se vuelve rutinaria; así, las voces creadoras de identidad poco a poco se sepultan y, a la vez, las miradas mágicas de la comunidad se apagan; ya no importa el entorno, donde se es y se vive; en consecuencia, la herencia cultural pierde su brillo.

Además, las políticas de progreso proponen a las sociedades qué hacer y cómo ser a partir de nuevos preceptos culturales; por lo tanto, las raíces y cualidades propias de toda comunidad pierden validez, al tratar de opacar a la herencia cultural, que se puede considerar como el tesoro de todo pueblo, al ser el conjunto de elementos propios que se han constituido de generación en generación, de donde se resalta un proceso educativo generador de identidad.

Así, por ejemplo, algún acontecimiento se explica desde la perspectiva del mundo moderno; posteriormente, se da a conocer por medio del fenómeno de la globalización; inversamente, hay comunidades que lo hacen desde sus imaginarios y para sus gentes, a partir de varios estilos literarios, en la medida en que se aprendan y comprendan; cabe aclarar que la literatura no solo es fantasía; por el contrario, es un instrumento de la verdad.

Al respecto, Habermas afirma que a la comprensión occidental del mundo, en lo que se refiere a las condiciones de un modo racional de vida, se propone la antítesis de la comprensión mítica del mundo:

Se le atribuyen a la lluvia solamente causas meteorológicas y naturales, mientras que un hombre, perteneciente a una comunidad mítica, cree que los dioses, los espíritus, la magia, pueden influir en la lluvia; no por ello se puede considerar de menor inteligencia

a mayor inteligencia, o viceversa; todo se debe a patrones de pensamiento, inculcados desde la herencia cultural de la sociedad a la que se pertenece.¹

En el caso de Huairasacha, la explicación de sucesos, en relación con la sociedad y el entorno, se da desde los relatos populares, considerados como la expresión de las voces infinitas de los abuelos; pero, al seguir su eco, hay algunos que han pasado al silencio absoluto; las personas expresan: “La finada Josefina, ella había lidiado con varios espantos, lástima que no pudo hablar con ella”, “Don Elías me contó varios relatos de duendes, pero ya está difunto y yo ya no me acuerdo de todo lo que me contó”; la gente del pueblo reconoce la sabiduría de los relatos de algunas personas, lo triste es que han muerto, y con ello sus voces, tesoros del saber popular.

Ahora bien, en la búsqueda de los relatos populares, se dio apertura a conversaciones y diálogos por medio de los cuales no sólo se intentaba poner en práctica un medio investigativo, sino, por el contrario, se buscaba revivir la palabra oral, experimentar una forma de antaño, para escuchar y ser a partir del otro, tanto individualmente como en comunidad, y así saborear la palabra en el devenir de su sonido, que toma vida cuando deja de existir en el tiempo, lo que lleva a comprender que la palabra oral, en Huairasacha, no está muerta, está dormida en el ir y venir de la cotidianidad; para despertarla es necesario seguir su eco, caminar a su ritmo para abrir la puerta y viajar al encuentro de mundos maravillosos, que explican la realidad y la existencia, con lo cual se rompe con el paradigma de buscarle un sentido a la vida para sentir el éxtasis de estar vivos a partir de la creación y la imaginación.

Dentro de este marco, se conjuga el imaginario social, donde se encuentran representaciones fantásticas, para explicar el espacio, el entorno y contexto de la comunidad con el fin de recrear la realidad y la vida misma, como lo menciona Héctor Rodríguez: “La realidad no significa por sí y en sí misma, sino en la dimensión de los imaginarios y los símbolos, en la extensa red del sentido y de significación que es la cultura”². Pero, los imaginarios sociales se forjan en la comunidad por medio de un proceso educativo, que se puede encontrar en la tradición oral, proceso al cual Jan Vansina define como: “todos los testimonios orales concernientes al pasado que se transmiten de boca en boca”³. En Huairasacha, se encuentra una tradición oral interrumpida; en el diario vivir, al parecer, se habla por hablar, se escucha por escuchar; son los mayores, los ancianos y abuelos, los que, con su infinita voz, desean conversar, con el fin de darle vida a las palabras sepultadas, al ser llaves de mundos maravillosos formados de generación en generación.

Desde luego, es conveniente señalar que la tradición oral de Huairasacha se la puede clasificar como cultura oral secundaria, definida, según Walter Ong, como: “comunidades que tienen como medio de expresión la oralidad y la escritura”⁴. Además, cabe señalar que la oralidad ha sido la base de los inicios de la formación de

¹ Jürgen Habermas. Teoría de la acción comunicativa. Madrid: Taurus ediciones, 1992, p. 72.

² Héctor Rodríguez. Ciencias Sociales y etnoliteratura: Introducción a la teoría de los imaginarios sociales. Pasto: Ediciones Unariño, 2001, p. 52.

³ Jan Vansina. La tradición oral. Barcelona: Editorial labor, 1967, p. 23.

⁴ Walter Ong. Oralidad y escritura. Bogotá: Fondo de cultura económica, 1996, p. 92.

toda sociedad; por lo tanto, a la palabra la consideraban sagrada, porque permitía interactuar con el otro y la comunidad; hablar era un acto donde se transmitían experiencias de aprendizaje que abordaban el sentir, el vivir y el pensar propios, de ahí la importancia de contar y conversar.

Así, la tradición oral establece una transmisión de caracteres educativos para las generaciones futuras, con la palabra con que se iba tejiendo el saber popular que nace de la experiencia individual y, a la vez, se convierte en colectiva, aunque dentro de la cotidianidad de Huairasacha, al parecer, no se reconoce inmediatamente la influencia de la tradición oral; cabe señalar que inconscientemente están presentes varios aspectos, como lo señala Josep Campbell: “Las reliquias de las viejas historias adornan las paredes de nuestro sistema interior de creencias”⁵.

De esta manera, la tradición oral es una síntesis histórica de la memoria de los pueblos, un punto de partida y de llegada de la vida social en que, gracias al encanto del lenguaje, se viaja con el tiempo para formar la herencia cultural y la identidad; en Huairasacha, la creación y la imaginación nacen de acontecimientos del diario vivir presentes en los relatos que han quedado vivos en el silencio gracias a la fuerte voz de los abuelos.

También, se puede afirmar que la oralidad no sólo queda en la transmisión del saber popular; al contrario, adquiere un poder de acción, ya que se van fijando parámetros en la sociedad a partir de la repetición una y otra vez de los relatos, como en el caso de la tradición oral de Huairasacha en que se resalta lo bueno y lo malo desde juicios de valor no explícitos, sino dibujados con elementos literarios presentes en la oralidad.

Por otra parte, mientras el viento juega en la piel de Huairasacha y la naturaleza refresca las calles con su aroma, se intenta escuchar el leve susurro de las voces que hacen parte de la tradición oral, en frases como: “mi abuelo me contó, la gente dice, yo oí contar, a la vecina le pasó esto, le voy a contar lo que me pasó, una vez por el parque, donde quedaba el chorro”, que marcan el camino para el encuentro con la palabra viva.

Se recorren las calles que hacen parte del devenir de la población; en el cielo nubes rojizas observan a Huairasacha y bailan al ritmo de la música de la naturaleza, los hermosos paisajes se convierten en nidos que abrigan los relatos, hasta llegar a las voces que abren la puerta hacia un mundo mágico de significados y símbolos, donde palabras de muchos colores pintan la realidad y la fantasía que hacen que los instantes se vuelvan eternos dentro del tiempo infinito.

Cada vez que se escucha una voz del pasado, los relatos se convierten en cuerpos que crean una atmósfera donde se respira la creación y la imaginación, la cotidianidad se rompe y el diario vivir de las comunidades deja de ser insignificante para ser reliquia que engalana el presente con enseñanzas que conducen a descubrir la identidad y la herencia cultural sepultadas.

⁵ José Campbell. La función del mito en la sociedad. Barcelona: Emece editores, 1991, p. 85.

Los relatos, resucitados por las voces, son la expresión literaria de la relación íntima de la sociedad con la existencia, porque, después de todo, la literatura no sólo pertenece a la academia, ni al círculo de escritores o lectores, sino que está en el diario vivir; así, el valor literario es de inmensa importancia porque implica una reciprocidad con la comunidad de donde emana.

De aquí se desprende que los relatos recogen acontecimientos que han llamado la atención en el devenir de la sociedad, y el modo de asimilar estas experiencias lleva a dar cuenta de estos sucesos, ya que existe la necesidad de construir referentes imaginarios; sin embargo, en la vida cotidiana no se manejan con conceptos o categorías, sólo se utilizan relatos accesibles al pueblo y que posibilitan guardar, enseñar y comunicar lo aprendido.

Así, después de escuchar los relatos de Huairasacha, se camina lentamente, se siente el significado y se reconocen símbolos que hacen parte de la población; a partir de ello se puede comprender que la vida no es fría, ni lógica, ni exacta, como lo han tratado de dar a entender algunos en Occidente; por el contrario, los relatos permiten sentir el lado encantador de la existencia, que nace de sentimientos profundos y de la embriaguez de la vida de las generaciones pasadas.

Por esto se comprende que los relatos son mundos imaginarios, pero, al recoger experiencias íntimas de la sociedad, se convierten en medios educativos y, a la vez, en textos literarios, ya que las voces que les dan vida son melodías que crean magia y fantasía que se riegan sobre la realidad, como agua pura que purifica un río contaminado.

Cabe señalar que en el día a día de la comunidad, algunos acontecimientos cobran vitalidad y se convierten en creencias, al tener un significado especial para el entorno y para las relaciones sociales; así, pues, aparecen los símbolos que recrean la realidad y se transmiten de generación en generación, al mismo tiempo que dan apertura a una toma de conciencia de una situación específica donde no son necesarias sólo las operaciones lógicas, porque tienen inmersa una fuerza social que genera acciones en los individuos.

Por consiguiente, los relatos populares de Huairasacha nacen de algunas experiencias de las personas de esta población, donde se pueden encontrar símbolos que hacen parte del imaginario social presente en diversos aspectos fantásticos, de un gran valor literario; no obstante es importante reiterar que los relatos no sólo cumplen una función estética ya que, además, expresan enseñanzas para los integrantes de la comunidad.

De esta manera, se puede considerar a los relatos populares como un medio educativo; por lo tanto, no sólo se trata de “contar por contar”; por el contrario, cuando la voz empieza a revelar mundos imaginarios, al mismo tiempo expresa creencias que hacen parte del saber popular y, para enseñar lo bueno y lo malo, se busca remover emociones y despertar sentimientos que se articulan dentro de unas normas de

comportamiento y según el imaginario social, y si se rompen, ello puede traer consecuencias y encuentros desafortunados.

Por eso, al conversar con los abuelos se produce un íntimo encuentro literario y educativo: “Le voy a contar esto, para que no le pase lo que a mi me pasó”; así, se toma conciencia de una situación en particular, que posee un significado que poco a poco se aprende, hasta que entra a hacer parte de la identidad del pueblo, porque se establece una manera propia de cómo pensar, cómo sentir, cómo vivir y cómo actuar, y aunque estén presentes en forma latente, siempre se los escucha gracias al eco del pasado que habita en espacios que parecen insignificantes dentro de la cotidianidad.

Con respecto a lo literario, los relatos hacen referencia a una literatura autóctona y popular; por medio de la fuerza mágica de la voz se conforma el arte de crear e imaginar relatos que elevan lo real y, al mismo tiempo, se da apertura al infinito uso de la palabra oral en los oyentes; es decir, las enseñanzas explícitas en los relatos, para ser más comprensibles, se presentan a modo de historias, donde hay juicios, misterios, nudos y desenlaces; además en muchos casos las personas que cuentan los relatos se remiten a su propia experiencia de vida, y toda experiencia es un aprendizaje.

Sin embargo, cabe aclarar que los elementos fantásticos y maravillosos hacen parte del imaginario social, al igual que las creencias, las tradiciones y las costumbres populares; es decir, cada relato tiene una enseñanza que nace y se dirige a la sociedad a la que pertenece; en el caso de los relatos de Huairasacha, se encuentra un ejemplo de la mala hora (12:00 de la noche): si se anda a esa hora por el pueblo, los espíritus aparecen, por ello es mejor acostarse temprano; así se puede encontrar que se busca la realización de una acción, en este caso a partir del miedo.

Pero, en la actualidad, en San Francisco, el gran valor de los relatos populares se está perdiendo; una de las razones para ello es que se ha perdido el interés por la cultura propia, debido a varias razones, pero, en particular, se debe a los medios de comunicación, que van de la mano con las políticas globalizadoras, que establecen que lo propio es atrasado, sólo se reconoce lo útil al sistema; esta situación es algo triste, porque se pierde el saber popular que hace parte de la herencia cultural.

Otra razón es que se enmarca a la vida en parámetros utilitaristas que, en consecuencia, generan un vivir para parecer, y se olvida que lo más importante es ser; con la recopilación de estos relatos se busca romper este estancamiento, y poder promover una admiración de los sucesos que se tienen alrededor y que parecen sin sentido; además, se busca que las nuevas generaciones encuentren, en la cotidianidad, el lado mágico de la vida que tanta falta le hace a esta sociedad, y así volver a lo autóctono y a luchar, por medio de la palabra ancestral, con las verdades establecidas.

A causa de ello, los relatos, como medio educativo, permiten despertar la propia imaginación, lo que incorpora nuevas posibilidades de literatura, accesibles y comprensibles para el pueblo porque se enlazan con las costumbres y saberes ancestrales de cada sociedad; por lo tanto, al tener conocimiento de un relato, la

imaginación amplifica la vida, mientras se viaja al espacio de lo imaginado; como lo menciona William Blake, la imaginación no es un estado, es la vida misma.

Lo anterior también implica saber escuchar; en la actualidad, el diálogo se menosprecia y es de tanta importancia conversar porque es un encuentro con el otro y con la comunidad de la que se hace parte; conversar es una oportunidad para aprender, y el aprendizaje es más fructífero con los abuelos puesto que tienen una gran experiencia de vida; con su voz se siente viva la palabra, se detiene el tiempo y segundo a segundo la realidad suma vida, se derrumba lo cotidiano y se abre la puerta al reconocimiento de la herencia cultural; es un encuentro con los orígenes, con los significados del espacio donde se habita.

No está por demás traer a colación que los relatos, al ser parte de la herencia cultural, incluyen convicciones, sentimientos, valores, tendencias, hábitos, costumbres, experiencias de vida, por ello muchos son ejemplos a seguir porque se registra y promueve lo bueno y lo malo se rechaza; sin embargo, si no se los mantiene vivos, la existencia se aparta de ellos y mueren, y así se entierra parte de lo que se es; así se establece una lucha contra el olvido por medio de la literatura.

Por esto es preciso definir a los relatos como un jardín, donde se encuentran los colores, el polen, la vida, los ritmos, los cantos, los olores, las flores, que son vida, al igual que las palabras; así los instantes se vuelven eternos, se eleva la existencia misma y el sentir de la vida se hace sublime, y más aun cuando se comprende que la vida de toda persona es un relato que se puede proyectar al infinito por medio de su voz.

Por otra parte, al hablar de la oralidad como literatura, se puede dilucidar una contradicción, porque etimológicamente literatura se refiere a textos escritos; sin embargo, en el devenir del tiempo el término se ha vuelto más amplio, para abordar todo aspecto imaginario; es decir, construir arte por medio de la palabra, hecho presente en la oralidad; por lo tanto, en este caso se considera al relato, por su origen y forma de difusión, como literatura popular.

No obstante, la oralidad del relato no es de carácter permanente, está sólo en la potencialidad de contarse, por lo cual corre el riesgo de ser sepultado por el olvido; por ello surge la necesidad de escribirlo, porque al escribir ese relato se evade el olvido y se proyecta hacia el infinito la palabra oral; de esta manera, los símbolos se transforman en texto escrito, donde habitan las palabras y, por medio de la lectura, se activa la transformación del pensamiento y de los cuerpos, que exige, más que un entendimiento, la experimentación; en este sentido, escribir los relatos es crear nuevas posibilidades de literatura.

La escritura restituye la memoria, permite un renacer de la tradición oral, ya que representa, en forma visible, a la lengua hablada; las personas habituadas a un proceso de escritura y lectura olvidan pensar en las palabras como porciones de vida, como primordialmente orales, animadas por un poder mágico; así, las palabras en la escritura están muertas, pero sujetas, por el lector a una resurrección.

Del mismo modo, es importante considerar a la escritura como un complemento de la oralidad, ya que extiende la potencialidad del lenguaje casi ilimitadamente; se eterniza la palabra, pues leer un texto significa convertirlo en sonidos, y el sonido se genera en la oralidad, en la voz, en la escucha; así, la escritura permite una amplificación de la tradición oral.

Quizá, entonces, se piense que escribir y leer son actividades solitarias, mientras en la oralidad, el que habla y el que escucha se encuentran en presencia uno del otro; sin embargo, a veces no se escribe para los ojos, ni para el silencio, sino para la voz y para el oído; también, la escritura es un hecho esencial para la realización de la palabra, por ello también tiene un poder secreto y mágico: la oralidad la atribuye el significado al contexto, mientras que la escritura lo concentra en la lengua misma.

Además, la escritura, como complemento de la oralidad, implica un compromiso con la sociedad, que consiste en luchar contra el olvido y encontrar líneas de fuga que propugnen por un autorreconocimiento de unas raíces, por registrar la herencia cultural y seguir construyendo la identidad; así mismo, lograr una captación del saber popular para promover el proceso educativo por medio de los relatos, que nacen de la imaginación de cada sociedad.

Sin embargo, es evidente, en la actualidad, la necesidad de registrar la herencia cultural para evitar seguir patrones ajenos, que fomentan un conformismo, por lo cual el registro de los relatos populares de Huairasacha intenta resaltar pequeños fragmentos de memorias que, de generación en generación, han ido formando la identidad de San Francisco; es un intento de producción de saberes propios a partir de la apropiación de unos rostros y rastros, de las huellas que han marcado el camino de la población hasta el día de hoy.

Frente a esta desvalorización de la imagen propia de los pueblos, se resucitan los imaginarios presentes en los relatos populares para aprender y sentir las experiencias que, por medio de la fantasía y la maravilla, se transmiten en el diario vivir de las comunidades y, gracias a la literatura, se rompe la fría cotidianidad.

Dicho lo anterior, las instituciones educativas de cada municipio deberían acercar a los estudiantes a su propia comunidad; un medio de hacerlo es mediante los relatos, con el fin no sólo de contribuir a construir la identidad y la herencia cultural, sino también para incentivar la imaginación, seguir recreando los relatos para dar apertura a nuevas posibilidades de literatura.

Finalmente, escuchar los relatos es hacer parte de ellos, leer los relatos es viajar por el infinito lenguaje: los dos aspectos llevan a despertar los sentidos, para sacudirse de las imposiciones del mundo actual y saborear y concientizar sobre la identidad propia, creada por las voces del pasado, para conocer de dónde se viene y lograr un autorreconocimiento de la comunidad y el entorno.

2. SOBRE LA PIEL DEL VALLE DE SIBUNDROY



Figura 1. Vista del Valle de Sibundoy desde San Francisco.

Rodeado de montañas azules, cubiertas por nubes que se mecen sobre los árboles, bajo la mirada del cielo y sobre la suave tierra que guarda miles de huellas, se encuentra el hermoso Valle de Sibundoy, al cual pertenecen los pueblos de Santiago, Colón, Sibundoy y San Francisco, pueblos pequeños pero con una gran riqueza natural; el aroma de la naturaleza perfuma a estas tierras, de una gran armonía y tranquilidad, que contagia el aire y hace danzar a la lluvia y el viento.

Esta zona está a 2000 metros de altura; se encuentra formada por la hoya alta del río Putumayo, sus aguas tienen mágicas atarrayas que recorren todo el Departamento; por ello es común escuchar: “el que se baña en el río Putumayo, queda atrapado en estas tierras”; hay un Volcán llamado Patascoy, que duerme en una impredecible soledad, pero en sus estribaciones se escucha el latido de su corazón, que llega hasta las montañas del Portachuelo, siempre cobijado por neblina para arrullar las noches del Valle de Sibundoy.

Antes de ser descubiertas, estas tierras vivían en silencio, cubiertas por la sagrada piel de la doncellez, mientras el destino, poco a poco, mostraba el camino para que las

encontrasen; siguiendo este llamado, en la época precolombina las descubrieron las etnias Kamsá e Inga que, siguiendo los mensajes de la luna y el sol, huían de la persecución de los españoles Juan de Ampudia y Pedro de Añasco, que emprendieron contra los nativos una guerra con el fin de desterrarlos y quitarles sus riquezas.

Estas comunidades, y otras, pertenecían a lo que se conoció como Villa Viciosa de la Concepción de Pasto, pero, al ser perseguidas, huyeron hacia el oriente en dirección al Vallecillo intermedio de La Cocha; según los historiadores, se ubicaron en lo que hoy se conoce como Sibundoy, como lo menciona Víctor Daniel Bonilla:

El capitán Ampudia llegó hasta el mismísimo Valle de Sibundoy, donde guerreó contra los nativos por tres semanas; terminadas las matanzas iniciales, llegaron los doctrineros, entre los que se destacan los capuchinos, quienes iniciaron la cristianización del Valle de Sibundoy en 1547, y, así, los poblados indígenas, nombrados por ellos como Manoy, Putumayo y Sebundoy, fueron bautizados como Santiago, Sibundoy, San Andrés y San Pablo.⁶

En ese entonces, en el bajo Putumayo, en los límites con Ecuador, se descubren el caucho y la quina, por lo cual se instalan varias compañías en el vecino país, que demandaban muchos peones; para llegar más rápido, las personas de Nariño y Cauca tomaban la ruta del Valle de Sibundoy; varios años después, este negocio entra en quiebra y se dirige a otras regiones del país, por lo cual se produjeron asentamientos de colonos en Sibundoy.

No obstante, estos asentamientos ocasionaron diferencias raciales, basadas en conflictos de posesión de tierras, como lo menciona Germán Gómez:

A comienzos del siglo XX mientras el país se debatía en la guerra de los mil días, en el Valle de Sibundoy también se libraba un conflicto racial entre los indígenas y los blancos originarios de Nariño. Por estos antagonismos y colisiones, desde principios del siglo, la gobernación de Popayán en 1900 deseaba señalar para los blancos un lote propio en otro lugar del Valle.⁷

Por esos días, llegó a Sibundoy un capuchino llamado Fray Lorenzo de Pupiales, y, al advertir este antagonismo racial, pidió crear un poblado especial para los blancos; al efecto, desarrolló una gran campaña para convencer a los indígenas sobre la necesidad de regalar a los colonos un terreno para alejarlos de allí, con el pretexto de obviarles los maltratos que de éstos recibían; por eso solicitó, ante la gobernación de Popayán, permiso para este objetivo, que se concedió.

Al respecto, el capuchino Canet de Mar escribió:

Era un horror el modo como se trataban entre blancos e indios; eran dos razas antagónicas que se perseguían con un odio a muerte. Los blancos trataban a los indios como esclavos y algunas veces como a bestias; se servían de ellos para todo y del modo que mejor les parecía; robaban lo poco que estos infelices poseían; les obligaban al

⁶ Víctor Bonilla. Siervos de Dios y amos de indios. Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2006, p. 32-33.

⁷ Germán Gómez. Monografía del municipio de San Francisco. Pasto: Universidad de Nariño, Licenciatura en Ciencias Sociales, 2003, p. 50. (Inédito).

trabajo de sus tierras sin recompensa de ninguna clase: si a alguno se le antojaba despojar a un indio del poco o mucho terreno que había no se paraba en pelillos. El indio, por su parte, al ver el tiránico proceder de los blancos, devolvía con creces y con tal fuerza de su salvaje condición los malos tratos; de lo que resultaba una lucha constante y encarnizada, bastando una ligera chispa para encender una espantosa llamarada que solo se apagaba con la sangre de algunos contendientes.⁸

De lo anterior, se comprende que los indígenas no eran partidarios de ceder un lote de terreno, puesto que era su propiedad, al ser herederos de Carlos Tamoaboy, que en el año de 1700 les había entregado estos territorios: “Estas tales tierras, las dejo a mis indios naturales del pueblo de Santiago y a los del pueblo de Sibundoy grande, que es mi voluntad que las gocen y defiendan”⁹.

Sin embargo, el padre Fray Lorenzo logró su objetivo; después de varias presiones, la comunidad indígena fue convencida para que entregara una parte de su terreno; cedió un territorio cerca del cerro Portachuelo, zona de mucha selva, lluvia y viento, denominada, por los nativos Huairasacha, que significa: “tierra de lluvias y vientos”.

2.1 DE CAMINO A HUAIRASACHA

El día 5 de junio de 1902 se creó el municipio de San Francisco; para ello se derribaron árboles gigantescos que cubrían esta tierra; así, poco a poco se vislumbraba el camino a seguir; mientras tanto la madre naturaleza daba la bienvenida a la nueva residencia, donde se trazaría el futuro de una zona que habitarían cientos de personas en el devenir del tiempo, para dar apertura a la formación de una comunidad en la que empezaban a anidar las palabras que guardarían la herencia cultural.

La fundación de San Francisco se relata así:

El padre no se hizo esperar y el día 5 de junio de 1902 salió de Sibundoy por una trocha muy difícil de transitar a buscar un espacio para bendecir la nueva población; fue difícil para los blancos abandonar sus casas, pero poco a poco fueron saliendo hombres con herramientas y las mujeres con sus niños y todo el equipo de cocina, siguiendo la cruz que llevaba el padre; a medio camino ya eran 75 personas; pasaron un río, que hoy se lo conoce como San Francisco, miraron una hermosa meseta y trataron de ubicar un lugar adecuado para la plaza y empezaron a derrumbar árboles, que eran gigantescos, se colocó la cruz donde hoy es el parque Los Fundadores; se adecuaban los espacios y se levantan las primeras casas; era un pueblo sólo para blancos, por ello se lo considera el primer pueblo de blanquecinos del Putumayo; fueron 75 familias los primeros habitantes de San Francisco*.

⁸ Canet de Mar, archivos capuchinos, citado por: Bonilla, Siervos de Dios y amos de indios, p. 34.

⁹ Germán Gómez. Monografía del municipio de San Francisco, Op. cit, p. 36.

* Roberto Ortiz, 64 años, Barrio Jesús Alfonso Botero.



Figura 2. San Francisco, Putumayo.

Así, Huairasacha se convertiría en San Francisco, municipio que se encuentra ubicado en la parte oriental del Valle de Sibundoy, recorrido por los ríos Putumayo y San Francisco; sus aguas nacen en el Cerro Cascabel, en montañas cubiertas por hermosas flores que engalanan la naturaleza; por ello la tierra es de un hermoso paisaje, rica en minerales, que la hacen apta para las diferentes actividades agrícolas.

Alrededor de la población se ven inmensos árboles, que han respirado muchos años en Huairasacha; el viento juega con ellos y alegres se mueven y saludan a la existencia; sus hojas son instrumentos musicales cuyo lento sonido recorre el bello ambiente; las montañas se han convertido en testigos firmes del pasar del tiempo; segundo a segundo, han sentido que San Francisco se creaba.

En el cielo, acariciándose, extrañas nubes hacen un ritual de danzas, hasta que se juntan todas y forman indefinidas figuras, pero cuando despiertan se enfurecen, su rabia se muestra en truenos y relámpagos, que dan paso a la lluvia, cuyas gotas llama la tierra, para hacer realidad su bautizo; es decir, se abre la naturaleza para ratificar las palabras de los indígenas, que catalogaron a este espacio como tierra de lluvias y vientos.

Cuando las nubes se separan, la lluvia cesa y el aire extiende su frescura por toda la población, el paisaje se presenta limpio y su verdor entrega al poblador una pintura única e inigualable. Las mañanas despiertan con el canto de las aves, que vuelan y llevan su libertad por toda la naturaleza y, cuando aparece la cortina de la noche, las estrellas florecen con su sublime brillo y el titilar de su corazón, para engalanar la vida en la oscuridad de la población sanfranciscana.

El Portachuelo es la montaña más alta de San Francisco, es el escondite de la luna, que lentamente se asoma y perfuma la noche con un aroma indescifrable; su sonrisa se escucha en medio del fuerte viento, mientras la temperatura congela el silencio y estremece los cuerpos con su caricia nocturna.

Este espléndido lugar lo habitan personas provenientes de Nariño, como lo menciona Cecilia Chávez:

San Francisco fue un lugar estratégico, puesto que hasta 1932 se lo consideró como un sitio de paso para los arrieros, que transportaban productos para el medio y bajo Putumayo, por el camino de herradura San Francisco-Mocoa; así llegaron personas provenientes de varios lugares, pero en especial de Nariño; otra de las razones fue la oferta de obreros que se necesitaban para trabajar en la compañía de Elías Reyes Hermanos que exportaba cáscara de Quina desde el Valle del Guamuez.¹⁰

De tal manera que la mayoría de los primeros habitantes eran gentes del Departamento de Nariño, por lo cual es común encontrar muchas características y costumbres similares; por ejemplo, en los platos típicos, en la manera de vestirse, en la forma de hablar, inclusive, de acuerdo al contexto, se pueden encontrar relatos similares, creencias, entre otros aspectos.

Por otra parte, con el paso del tiempo y a partir de un proceso colonizador, el municipio se fue organizando; además, las comunidades religiosas propugnaron por una distribución del espacio e instruyeron a la población con la creación de varios organismos, como son el Puesto de salud y las escuelas; también transmitían a los primeros pobladores conocimientos básicos de actividades agrícolas, ganaderas y de extracción de minerales, entre otras.

Una característica por la cual se ha reconocido a San Francisco es por ser considerado como la “Ciudad Cívica del Putumayo”, debido a la gran solidaridad y unión de sus habitantes, demostrada con hechos; por ejemplo, la construcción de la Iglesia (en proyecto está la declaración como Patrimonio Cultural, al ser considerada una obra única en el Departamento), y por ello se siente muy orgullosa la población.

Otras obras fueron la Planta Hidroeléctrica, el Teatro Parroquial, el Parque y el Colegio, en que, para construirlo, se necesitó de una gran lucha, lo que se relata así:

¹⁰ Cecilia Chávez y otros. Enciclopedia Multimedial del municipio de San Francisco. Universidad Antonio Nariño, Postgrado computación para la docencia, 2001, p. 23. (Inédito).

En San Francisco no había colegio, pero lo conseguimos con el esfuerzo de la gente; todo ocurrió cuando dos muchachos, que estudiaban en el Champañat de Sibundoy, se iban a graduar de bachilleres, y, pues, en ese tiempo ser bachiller era lo máximo, pero los de Sibundoy no los dejaron graduar porque San Francisco no les daba electricidad de nuestra planta hidroeléctrica; entonces, a ellos sólo les iban a entregar el cartón, sin ceremonia ni nada; nosotros no nos dejamos, les hicimos una ceremonia bien bonita en el parque; después de eso se vio la necesidad de construir un colegio para el pueblo, con el sudor y el apoyo de toda la gente de San Francisco; así, el obispo no nos diera el derecho de tener colegio, porque él manejaba la educación; luego construimos las primeras paredes del colegio y el corregimiento ayudó.*

Estos acontecimientos han quedado en la memoria colectiva de la población, por ello en el diario vivir es común ver la solidaridad y la unión de sus habitantes para adelantar proyectos que benefician a todos; así, se organizan radiotones y otras actividades, donde el aporte comunitario es la base principal, en las cuales se reúne dinero; además, es interesante ver cómo se intenta conservar esta tradición al vincular a los jóvenes, quienes se encargarán luego de transmitir este legado.

De esta forma, lentamente se le ha dado vida a este territorio que, como todo espacio habitado, es un cuerpo que respira el ambiente creado por sus habitantes y día a día se dibuja en la mirada del mundo; sobre Huairasacha han vivido seres que han sido y dejado de ser, han dejado sus marcas indelebles en la memoria infinita de la tierra, generación tras generación y, al mismo tiempo, abre la naturaleza sus brazos a los nuevos habitantes.

Al fin y al cabo, la vida de los habitantes tiene una gran influencia en su entorno y en la comunidad, por tanto se van tejiendo la cultura, los modos de vida, las costumbres, las tradiciones que se han venido transmitiendo en cada generación, no obstante sometidas a las exigencias del mundo actual.

Un modo de vida destacable es el arduo trabajo que caracterizaba a las familias, que eran numerosas, pues algunas tenían hasta 15 hijos, pero, debido a la difícil situación económica, era necesario trabajar mucho, por lo cual desde temprana edad educaban a los niños para trabajar, les heredaban una actividad que les serviría para su vida y, al mismo tiempo, les enseñaban a ser responsables; los trabajos a los que se dedicaban eran la agricultura, la ganadería, la ladrillería, tanto los hombres como las mujeres.

Así mismo, al regresar al pasado, se comprende que no había televisión, radio, internet, etc.; es decir, entretenimientos; frente a ello, en San Francisco se organizaban grupos culturales y musicales, a los cuales los jóvenes podían vincularse para divertirse y aprender, pero, en la actualidad, estas actividades han desaparecido debido a varias razones; esto es lamentable porque se pierde parte de la educación popular que enriquece a las juventudes, como a continuación se relata:

Antes, en San Francisco, la vida era bien tranquila; digo más tranquila, porque ahora también es tranquila; no existía grabadoras, televisión, nada; entonces, para entretenernos habíamos grupos bonitos y sanos; por ejemplo, yo recuerdo que se creó la banda Ecos de Oriente; los jovencitos que quisieran aprender a tocar instrumentos, se les enseñaba,

* Celina Ruales, 65 años, Barrio San Judas.

para después animar las fiestas del pueblo; también habían funciones literarias, donde se recitaban poesías y se hacía teatro; entonces, los jóvenes de la época nos dedicábamos a ello; pero me da mucha tristeza que todo eso se perdió, y por eso los jóvenes ahora cogen malos caminos, no se dedican a cosas buenas, ni siquiera trabajan, porque antes el trabajo era sagrado; desde niños trabajábamos, uno se hace responsable y se gana las cosas con el sudor de la frente y coge la costumbre de realizar oficios; yo, ahora que estoy viejo, me siento mal, porque soy un inútil, no puedo hacer nada.*

La frase del anterior relato “los jóvenes ahora cogen malos caminos, no se dedican a cosas buenas” señala la importancia de recuperar estos grupos culturales, literarios y musicales, porque son espacios que brindan nuevas posibilidades a los jóvenes para romper los límites que les inculca el entorno y de querer ser mejores; tal vez hoy, en San Francisco, muchas personas desconocen que hubo estos grupos; son aspectos de la herencia cultural que se han ido perdiendo.

Otro aspecto característico de la comunidad de San Francisco es la fe que tenían en los curanderos, encargados de sanar las enfermedades físicas y espirituales de los habitantes. Los curanderos tienen un contacto mágico y sagrado con la naturaleza que, al ser una entidad que alimenta y posibilita la existencia, se la considera una madre que cuida.

Lamentablemente, el contacto con ella poco a poco se ha ido perdiendo y con ello este sagrado saber; una de las razones puede ser la llegada de la medicina moderna, que inferioriza el saber popular; por ello existe la preocupación en los curanderos de que su oficio se olvide, al ser menospreciados por la sociedad moderna.

Muchas voces de los curanderos han muerto, pero quedan algunas, entre ellas una que, mientras recordaba su saber, hacía retroceder el silencio; de repente su voz empezó a romper el tiempo y el poder de las palabras se extendía. Con un suspiro profundo y sus ojos mirando el espantoso olvido, expresó: “Ojalá ustedes estudiaran las planticas; aprender esto es muy bueno; cuando uno se las hace amigas, a uno le ayudan mucho y también puede ayudar a los pacienticos con ayuda del papito Dios y la madre Naturaleza”; estas palabras reflejan miedo, pero también interés para que su saber se aprenda debido a su gran importancia, como a continuación se relata:

En aquel tiempo, no había médicos de esos estudiados, sino que había unas señoras y señores que los llamamos curanderos: doña Josefina, doña María Quenguan, ellas eran las médicas del tiempo; cualquier enfermedad, cualquier molestia, mal aire, la zafada del cuajo, fiebre, dolor de cabeza, ellas lo curaban, pero sólo con plantas, eso sí era efectivo; utilizaban: paico, hierbabuena, verdolaga, cigarrillo, tamiza, chancuco, ruda, hasta con ají y muchas plantas más, por eso la gente de antes era bien sana. Pero eso de curar es un don de Dios y la naturaleza, porque ellos escogen a la persona; Dios porque somos hijos de él, y la madre selva porque ilumina para distinguir la mata buena y la mata mala; por eso hay que saber escucharlas y ponerles harta fe; ellas también hablan. Las plantas son sagradas; por ejemplo, la ruda y el romero las consagró Dios, por eso mucha gente lleva a cargar la ruda, y es porque la plantica, con su olor característico, se la siente y es como una amiga, una compañera, siempre hay que llevarla en el bolsillo derecho para la protección de las malas energías.

* Manuel Delgado, 84 años, Barrio el Recuerdo.

Cuánta gente que se salvó de morir por ayudas de nuestros curanderos; yo recuerdo mucho el caso de un niño de familia distinguida, que tenían platica y, pues, el niño se enfermó, lo llevaron a los mejores especialistas de varias ciudades y el niño seguía y seguía enfermo, tenía una soltura que no se le quitaba con nada; un día el papá fue donde doña Josefina, la curandera, a comprarle capulí; él no iba con la intención de que le cure al niño, porque tal vez no confiaba; cuando ella le dijo: ¿qué le pasa al niño? ¿Cómo lo van a dejar morir?, está caído el cuajo; cogió, lo alzó de las patas y el niño quedó boca abajo y lo empezó a sobar y soplar; luego, el niño siguió bien alentadito. Eso, hay varios casos así que la medicina de la ciudad no puede curar; entonces, lo hacen los curanderos con ayuda de Dios y la naturaleza.*

Cabe señalar que generalmente se considera a los indígenas como curanderos; no obstante, hay personas blancas que aprendieron este saber, conocimiento aprendido de sus padres, o tal vez de los indígenas; al respecto no hay certeza, pero se los conoce como curanderos blancos a Don Pablo, hijo de Doña Josefina, de la cual heredó su saber; Doña Celina Ruales, Don Jeremías, entre otros.

Este saber popular es sagrado y ha contribuido al sustento de la población; hay muchos testimonios de personas que han sido sanadas por los curanderos tradicionales; las plantas y su poder hacen parte de la herencia cultural que poco a poco se está perdiendo y, además, es muy clara la frase: “hay varios casos que la medicina no puede curar; entonces, lo hacen los curanderos con ayuda de Dios y la naturaleza”.

Por otra parte, la violencia política ha sido una especie de epidemia que se propagó por todo el país; liberales y conservadores se enfrentaban unos a otros; mientras se defendían ideales, también se derramaba sangre como símbolo de un mezquino poder; en la memoria colectiva de los habitantes de San Francisco también ha quedado huella de esta lucha, relatada así:

¡Ser liberal era pecado mortal!; mi familia era liberal, yo también soy liberal, pero, a pesar de eso, nosotros éramos bien católicos; usted sabe que en toda Colombia hubo una guerra política, y en San Francisco algo se vivió de eso; creo que la violencia política duró sólo dos días, pero la guerra la originaron los mismos curas.

Como es de costumbre, los domingos me fui a misa; nunca olvidaré el sermón del padre, que decía: matar comunistas y liberales no es pecado, defender el partido conservador es defender a Jesucristo; en la iglesia sólo habíamos cinco liberales contaditos, y no va a creer que en la entrada entregaban las varillas con las que nos iban a dar duro; bueno, se acabó la misa y todos salían a la plaza, porque ese día se elegía presidente; era la elección de Laureno Gómez, pero yo me fui a la casa.

Al ratito me golpearon la puerta, era el compadre Antonio Rosero, un gran liberal, y me decía: camina, vamos a votar; para que no nos golpeen nos colocamos tablillas de cedro, atrás y adelante; yo me dejé convencer; luego nos pusimos un saco, la ruana encima y nos fuimos para la plaza a votar; en ese tiempo a uno le entregaban el voto; nosotros que vamos llegando y un godo nos dice: ¿van a votar?; sí, respondimos; entonces, nos dijo: tengan el voto, y tenga, señora varilla; nos cogieron a varillazos; los que nos golpeaban eran altos, grandes y bravos; decían: ¿por qué no caen, hijuetales? Yo sólo me sorteaba, pero no nos pudieron dar duro, y luego me fui a esconder a mi casa.

* Celina Ruales, 65 años, Barrio San Judas.

La frase de Laureano Gómez era: se gana la política acabando al adversario político; por eso, también, ahora que recuerdo, si una mujer conservadora era casada con un liberal y estaba embarazada, había que eliminarla; así, llegaron a mi casa como cincuenta personas, nos echaron piedra hasta más no poder; yo salí para que no le hagan daño a mi familia, cuando apareció un señor, que también era conservador, y decía: “dejen de ser aprovechados, son muchos para uno solo”, y la gente se fue yendo; tiempo después me enteré, por boca de un conservador, que la orden de destruir mi casa era del mismo cura.*

Un aspecto a ver, en este relato, es la participación de la Iglesia Católica, y su influencia en esta lucha; al ser aliada del partido conservador, fomentaba la violencia y la persecución contra los otros hijos de Dios; estos hechos fueron formando los rasgos políticos de la población; lamentablemente, se originó una brecha que, en tiempos de política, inclusive en el día de hoy genera enfrentamientos.

Tal vez en la actualidad muchas personas desconozcan estos acontecimientos y piensen que la lucha entre liberales y conservadores sucedió sólo en partes del centro de Colombia; no obstante, como es posible darse cuenta, tuvo repercusión hasta en las regiones más apartadas del país.

De esta forma se resaltan aspectos y hechos que han quedado en la memoria colectiva y han sido sepultados, omitiendo su importancia, sin tener en cuenta que hacen parte de la herencia cultural y permiten comprender la formación de la población en el devenir del tiempo, y tener una visión más clara de los acontecimientos del presente.

Así, las voces son como caminos que conducen a descubrir quién se es, ya que el presente se expande por medio de la voz que le da vida a espacios y tiempos de grandes enseñanzas que han sido olvidadas, pero afortunadamente han quedado registradas en algunas personas, en este caso ancianos que tienen mucho que contar y guardan parte de la identidad de San Francisco; al escucharlos, se los hace vivir otra vez, porque recordar es vivir dos veces.

Además, en las voces de repente aparecen palabras que brillan sobre la fría realidad, como un manuscrito del que muy pocas personas tienen conocimiento; se dice que, cuando llegaron los españoles al Valle de Sibundoy, maltrataban a los indígenas para que contaran sus secretos y poder registrar su saber ancestral con el fin de encontrar tesoros y hacer hechizos.

Al respecto, Don Gabriel Rosero, una persona que dice ser un analfabeta, se enorgullece de que a la edad de 28 años quiso aprender a leer a costa de lo que fuera, porque un hermano suyo se fue a Bogotá y de allá le mandaba la prensa, pero él se sentía muy mal al no saber leer, y más aun cuando le contaron sobre un manuscrito donde se encontraban la magia, los poderes y los mapas sobre huacas enterradas, como a continuación se relata:

La primera vez que vine a San Francisco, había pocas casas; varias familias de Nariño vivían aquí; yo trabajaba de arriero trayendo encomiendas de Pasto; luego, me pagaban para llevar encargos a Mocoa y, pues, siempre venía a este pueblo; dicen: “el que se baña

* Gabriel Rosero, 90 años, Barrio Pablo Sexto.

en el río Putumayo no sale de esta tierra”, pero después de quedarme en San Francisco, yo digo: “el que se baña en el río San Francisco no sale de aquí”, y entonces eché raíces. Hice muchas amistades, fui haciéndome al pueblo; un señor, Arsenio Cabrera, uno de los primeros colonos, me contó que tenía un manuscrito donde estaba escrito todo sobre entierros, huacas, tesoros y otros secretos de los indios kamsá, lo había robado a un capuchino; él lo tenía guardado en una cajita, en el archivo donde trabajaba; no sé cuantas personas sabrían, pero, como no sabía ni leer ni escribir, quise hacerlo, para leer ese manuscrito; don Arsenio me dijo: busquemos las huacas, para volvernos ricos. Pero resulta que, un día, de Colón se vinieron doce personas, con un cura llamado Andrés, a llevarse el manuscrito; al parecer él sabía que lo tenía el compadre; llegaron al archivo, estaba Arsenio, tres hombres más y una mujer; entonces, se armó una pelotera, los unos a quitar el archivo y los otros a no dejárselo llevar, se quebraron las narices y todo; no me va a creer, que ese cura empezó a disparar con una escopeta, ¡y uno con esa creencia de respeto a los curas!; se acercó el cura al archivo y dijo: me vengo a llevar todo esto; la mujer, que se llamaba Juana Moreno, le dijo: sí, señor; pero la cosa no era así de fácil, ella era de armas tomar, a quien le ponía la mano al suelo se iba, y ella se abraza de la mesa, y, boom, esa señora le pega severo chancletazo, y el padre le devolvió el golpe con la escopeta y, al fin, que se llevaron todo para Colón. No sé qué harían los de Colón con el manuscrito; lo cierto es que, meses después, hubo un incendio en la casa cural, al parecer se quemó ahí el librito, eso fue castigo de Dios; bien dice el dicho: “mi Dios no castiga ni con palo ni con rejo”; yo recuerdo que don Arsenio me decía que el manuscrito era bien grande; todos los secretos de los indios estaban escritos, pero lástima perderse en el incendio.*

Así, el manuscrito da apertura a un misterio, donde está implicado el saber ancestral, pero, al parecer, había malas intenciones; por lo tanto, la sabiduría de Dios hizo que se quemara; el fuego simboliza la fuerza y la pureza que hizo cenizas el manuscrito, para que el viento las expanda sobre la tierra y lo oculte para siempre.

Además, se puede identificar la lucha con el cura; él, cegado de ambición, buscaba el manuscrito con intenciones oscuras; esta historia ayuda a ampliar el panorama del papel de la Iglesia en este territorio; por otra parte, es importante resaltar cómo los misterios y el saber permiten despertar el interés por el conocimiento (el querer aprender a leer y a escribir) y, en parte, señalan, a la educación como una responsabilidad individual.

Un símbolo interesante es el libro; hasta en la cultura más remota representa un poder; en este caso, en él se encuentra la valiosa sabiduría ancestral; su significado es de mucha importancia, aunque sólo sea un símbolo intangible que cubre de misterio estas tierras; este es uno de los secretos que ronda silenciosamente por las calles del pueblo.

En la naturaleza hay muchas sombras, que conforman otro mundo que también respira, siente y habla detrás y al lado de la existencia; una de ellas es un animalito que anda caminando por este mundo y simboliza la riqueza; este ser, acompañado de la soledad, hace un tatuaje sobre la piel de las montañas, para ser visto sólo por personas con suerte, como se menciona a continuación:

* Gabriel Rosero, 90 años, Barrio Pablo Sexto.

Cuentan los mayores que por los bosques sabe andar un animal llamado carbunco: es una especie de perrito de unos 25 cm de alto por 80 cm de largo, y que lleva en la frente un diamante en forma de luna; eso quizás parece un reflector, que alumbra a lo lejos y por kilómetros; dicen los mayores que eso vale millones de millones, que en Colombia no lo alcanzan a pagar; una noche andaba por el bosque, más arriba de San Francisco, y miré que a lo lejos alumbraba algo; yo me asusté; dije: ha de ser la Madremonte, o alguna ilusión; pero me alumbró la cabeza, me acordé la historia del perrito, y la ambición de uno; pues, empecé a seguir la luz y, claro, me encontré al animal ese, lo alcancé a coger; entonces, lo golpeé en la cabeza e intenté sacarle el diamante con un cuchillo, y se lo saqué; cuando ya lo tenía en la mano, se me quemó, se apagó; yo, bien triste, y después le conté a mi suegro, que ya es difunto y sabía de esas cosas; sorprendido, me dijo: ¿vusté no sabría del secreto?; yo le dije: ¿cuál secreto?, y me contó que cuando uno coge al perrito, lo primero que debe hacer es hacerse una herida en la mano y que cuando salga la sangre, echársela en el diamante; eso quizás sale solito, y no hay que hacerle nada al animal, ni golpearlo, nada; imagínese, yo me perdí esa oportunidad, por no saber.*

La luna, en esta población, tiene un significado especial debido a varias razones: una de ellas es porque las noches de luna son las más bellas, hace el tiempo infinito, engalanan las calles y hace que sueñen en silencio, mientras que las montañas cierran sus ojos para dar paso a la luz plateada que las hace vislumbrar, hasta cuando la luna se va a dormir detrás del Portachuelo.

Por ello, la luna se convierte en un tesoro, en lo más valioso de la región, todos quisieran tenerla; la naturaleza, queriendo complacer estos deseos, la pone en un animal que recorre las montañas, en busca de un afortunado que, sin tener demasiada ambición, la encuentre; una forma de mostrarlo es derramar la propia sangre, lo que simboliza un pequeño sacrificio: “para alcanzar el tesoro es necesario sacrificar algo de nosotros”.

Por otra parte, para seguir resaltando hechos de la identidad cultural, es importante señalar la necesidad del ser humano de encontrar una explicación a los sucesos que acontecen a su alrededor, y a veces lo hace desde una perspectiva que supera los límites de lo racional; en este sentido, un suceso ha marcado a los habitantes de San Francisco: ha sido la lluvia y el viento.

La lluvia, con su gran fuerza, sacude la tierra y la hace parte de su ritual musical; gota a gota el tiempo se rompe y se extiende el presente acompañado de un aroma que proviene de las entrañas de Huairasacha; se dice que antes la lluvia era el pan de cada día: “sólo lluvia y lluvia”; la gente se acostumbró a esta música, a seguir su ritmo suave y fuerte, hasta hacerlo parte de sí.

De la misma manera, el viento ama a San Francisco, besa cada espacio y acaricia segundo a segundo la existencia; el viento siempre conversa con la naturaleza, pero cuando se enfurece, su fuerza no tiene límites; hasta los árboles mueren, al ser arrancados de sus raíces.

* Segundo García, 74 años, Barrio Jesús Alfonso Botero.

Así, la lluvia y el viento emergen a partir de la palabra ancestral y del contacto mágico entre las comunidades indígenas y la madre naturaleza, como se menciona a continuación:

De los cuatro pueblos del valle de Sibundoy -Santiago, Colón, Sibundoy, San Francisco-, donde más llueve y hace viento es en San Francisco, sobre todo en el mes de junio; este mes, para llover lo tiene negro; antes era más, mucho más, no se miraba el sol en meses; bueno, cuando se salía para Pasto se lo divisaba, es que esto es como un páramo. Este mes siempre deja recuerdos con alguna tragedia, póngale la firma: se desbordan las quebradas, hay inundaciones, damnificados, muertos, acaba reses, en fin.

Según lo que cuentan los abuelos, a San Francisco los indígenas lo llamaban Huairasacha, por el frío y la lluvia.

Mi mamacita sabía contar que, en Sibundoy, los indios peleaban mucho con los blancos, porque los indios eran muy salvajes; pero los padres capuchinos les quitaron estas tierras a los indígenas, se las quitaron a la fuerza; ahora ¿ezque dicen que fue negociado, eso es puras mentiras; San Francisco fue una tierra para blancos, por eso es el primer pueblo de blancos del Putumayo; pero por haberles quitado la tierra, los indios echaron la maldición de que iba a llover mucho en este pueblo; además, que iban a aparecer espíritus tenebrosos, y eso fue verdad.*

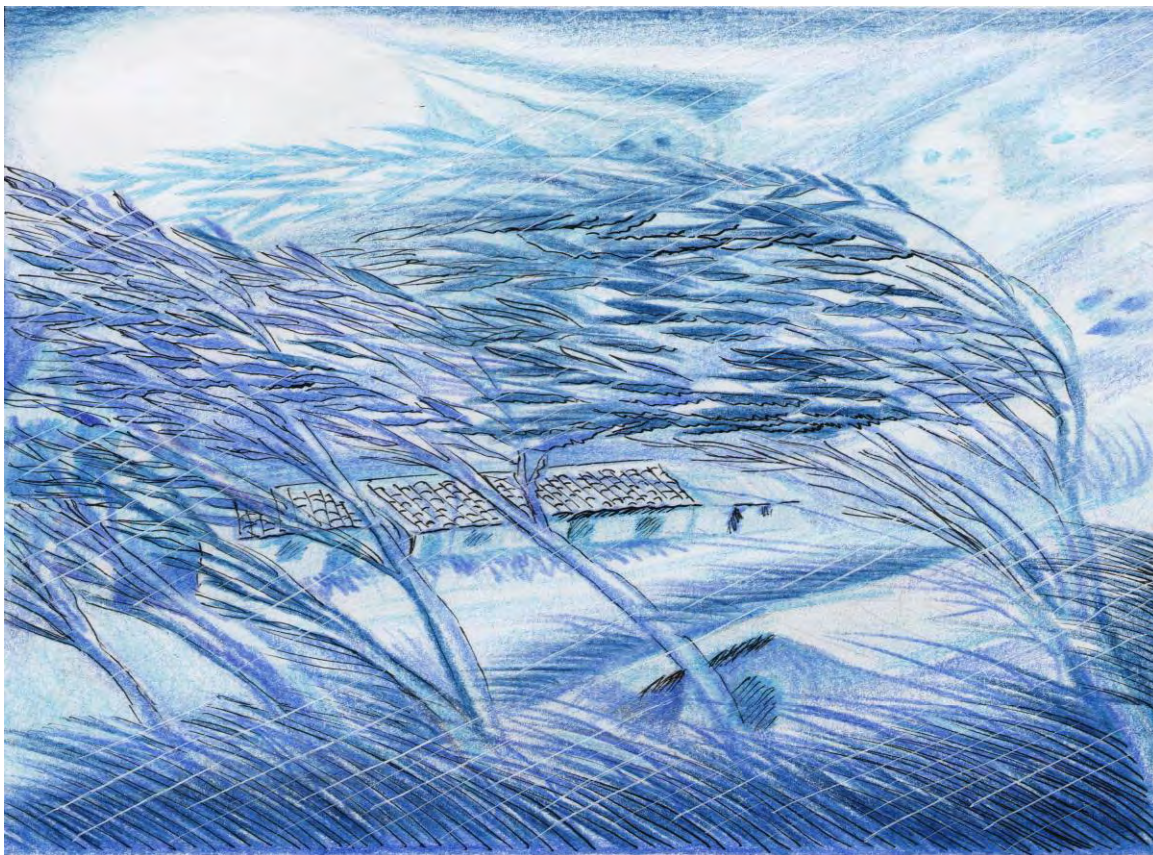


Figura 3. Huairasacha, tierra de vientos y lluvias

* Gabriel Rosero, 90 años, Barrio Pablo Sexto.

La maldición sobre estas tierras consistió en clamar lluvia y viento para castigar el robo de este territorio a los indígenas; esto expresa la importancia de la palabra oral, que posee un gran poder sobre la naturaleza, por ello es posible darse cuenta de que las palabras, en la oralidad, no están muertas, están vivas e influyen en la realidad para transformarla.

Las tragedias descritas en el relato tienen una explicación simbólica; se forma el imaginario debido a la maldición, al ocurrir que las lluvias y los vientos son más fuertes en el mes de junio, lo que coincide con la fecha de fundación de San Francisco.

Por otra parte, cuando se nombra la aparición de espíritus tenebrosos, esto va acorde con los relatos que más adelante se mencionan, con sombras que van llegando con los colonos y buscan un espacio nuevo donde llegue la noche; así empezaron a danzar y entre la lluvia y el viento y en medio de la oscuridad dejan de ser sombras, para ser cuerpos casi invisibles, pero que están presentes y bailan sobre la piel de Huairasacha, hoy San Francisco.

2.2. LA FOGATA, UNA AVENTURA LITERARIA Y EDUCATIVA

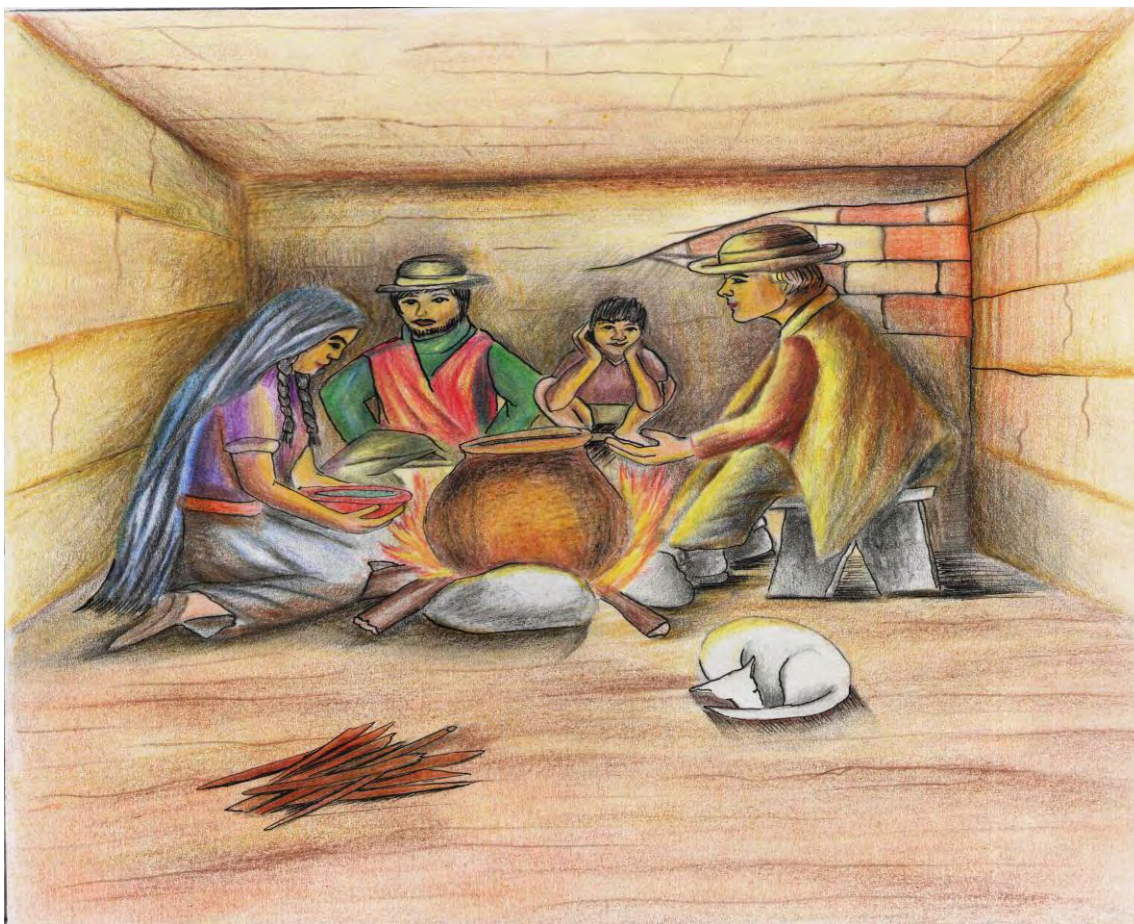


Figura 4. Reunión familiar en torno al fogón.

Al remontarse al pasado, se revive el diario vivir de San Francisco, y al descubrir sus costumbres es posible darse cuenta de que con el paso del tiempo se han ido perdiendo; una de ellas era la congregación de las familias en torno al fogón o las fogatas que se realizaban a primeras horas de la noche; en este encuentro, se narraban historias, cuentos, relatos, anécdotas y chistes; esta reunión se llevaba a cabo cuando los hombres llegaban de sus largas jornadas de trabajo y las mujeres empezaban a servir la cena como preámbulo al intercambio de historias.

Llegaba el atardecer, el sol empezaba a quedarse dormido y suavemente el viento anunciaba la noche, las calles dejaban de hablar hasta quedar en silencio; todos los habitantes caminan a sus casas y, antes o después de la comida, se reúnen junto al calor del fogón, como a continuación se describe:

Antes, se cocinaba con leña, y después nos quedábamos sentados con la familia; los papacitos empezaban a contar historias de todo; a mí me daba mucho miedo cuando contaban historias del diablo, parecía que todo lo que contaban le iba a pasar a uno, yo no quería ni ir al baño; pero los papás eran bien estrictos, uno tenía que escucharlos, así tuviera mucho miedo, porque las palabras de los mayores se respetaban; cuando las historias eran bien tenebrosas, yo sí me tapaba los oídos y, de paso, pues nos aconsejaban: no hay que hacer cosas malas, hay que ser obediente, porque Dios ha mandado espíritus al mundo para que asusten a las personas malas; porque, eso, había que portarnos bien para que ninguna ilusión nos coja. Los espíritus están en todas partes, así la gente no crea.*

Este relato da cuenta de que las reuniones en torno a la fogata tenían también una intención educativa: “No hay que hacer cosas malas, hay que ser obediente”; por ello, a partir de los relatos se intentaba desvalorizar algunos comportamientos que van en contra de la moral del momento, al mismo tiempo que se transmiten características populares propias de la región.

Para ello, es común crear ilusiones o espantos que se encargan de castigar los malos comportamientos; así, se imaginan historias, que se hacen reales por medio de la palabra oral; florece la literatura, se da un espacio de magia y fantasía dentro de la cotidianidad, en el diario vivir de la comunidad sanfranciscana.

2.2.1 Una noche en Huairasacha

Llega el final del día, el manto de la noche lentamente cobija a Huairasacha; el silencio empieza a extender su reinado; más arriba de donde queda el último barrio, se ve una vivienda pequeña con techo de teja; es la casa de Don Manuel Delgado, un hombre de 90 años, conocido en la población por ser hijo de uno de los fundadores del pueblo; su casa siempre se la ve de lejos, apartada de todo el pueblo; sus dos ventanas grandes se asemejan a dos ojos que desde la distancia miran a San Francisco.

* Oscar Gómez, 90 años, Barrio El Carmen.

Antes de que se oscurezca totalmente, se sigue la luz hasta llegar a ella; un olor a frescura invade el camino; el sonido de los grillos y saltamontes es la música de bienvenida; un perro empieza a ladrar con furia, pero Don Manuel aparece con una ruana grande y un sombrero negro; con una voz suavecita, llena de misterio, dice: — Buenas noches, vamos al fogón; primero tomemos una agua de panela para espantar este frío.

Adentro, una señora con una falda a cuadros aparece; con una mirada profunda, sonríe: — Pasen p'aca, siéntense, abríguense — empuja una banquita que estaba arrinconada en una esquina: — M'hijo, eche más leña — don Manuel, apresurado, prende el fogón y se sienta; con un suspiro profundo dice: — Estos achaques de la vejez sí son jodidos — se quita el sombrero y sus canas son el reflejo del paso del tiempo.

La llama se hace más grande, el sonido de la leña rompe el silencio, la noche se embriaga del olor a fuego y la atmósfera pronto se convertirá en un espacio de magia y fantasía; el viento sopla lentamente esperando recoger las palabras para llevarlas hacia el infinito; las estrellas aparecen como si también fueran invitadas.

En el Portachuelo, la luna empieza a asomarse; el frío se espanta con el calor del fogón; don Manuel dice: — El horno de los Bravos sigue trabajando, vea la humareda que sale de esa montaña; eso de estar trabajando en los hornos a estas horas es como miedoso; — y a propósito del miedo:

Cuenta mi papá que cuando él trabajaba en el horno haciendo ladrillos, estaba echando leña al fuego; a eso de las 8 de la noche se fueron a comer algo con los otros obreros; cuando 'ezque volvieron al horno y lo encontraron apagado; ellos, pues, asustadísimos, que de pronto no hicieron bien las cosas; volvieron a encender el horno; a eso de las 12 de la noche se fueron a dormir, cuando 'ezque uno dijo, bravo: “déjenme dormir un rato, déjenme de echarme piedras”; al rato, otro empezó a gritar: “no me jodan, déjenme de echarme terrones”; no se cómo se dieron cuenta que no era ni el uno ni el otro, pues se empezaron a asustar; cuando fueron a coger más leña para echar al horno, se dieron cuenta que estaba mojada; se decían entre ellos que cómo podía suceder si la tenían en un lugar seco; ellos, extrañados, y escucharon una voz riéndose que dijo: buenas noches; cuando regresan a ver, era el duende, lo reconocieron por el sombrero grande; mi papá y los demás salieron corriendo del horno. Llegaron al pueblo, fueron donde el patrón, y él no les creyó, antes los regañó por vagos; al otro día, a tanto hacer llevaron al padrecito para que se eche una bendición; después de eso, se perdió por un tiempo el duende.*

Mientras tanto, el olor del horno era más fuerte y nos trasladaba en el tiempo a este relato, que confirma una creencia sobre las características del duende, que son ser juguetón, burlón y le gusta hacer maldades a las personas; algunas lo han visto, y se han llevado un gran susto; otras han sido enduendadas.

Mirando fijamente el fuego, Don Manuel sonríe; como si estuviera recordando un episodio cómico, y con una voz temblorosa, le dice a su esposa: — ¿recuerda, hija, cuando estaban arreglando la vía para Mocoa?; — con un gesto de afirmación, responde: — eso sí fue miedoso; cuénteles:

* Manuel Delgado, 84 años, Barrio El Recuerdo.

Yo vivía a la salida del pueblo, por donde pasa la vía para Mocoa; una vez un carro se había varado, como un kilómetro más abajo de mi casa; los dueños me dijeron que lo cuidara y me pagaban unos pesos, pero mi mujer me decía que no vaya, porque allá era pesado; pero por la plata baila el perro, y me fui; yo estaba viendo el carro, cuando miré que del monte salía una persona pequeña, con sombrero grande, ¡era el duende!, pero este se transformó en gato y se fue. ¡Qué susto que me dio!, mejor me regresé a la casa; cuando llegué le conté a mi mujer y ella me dijo: yo te dije; me fui a dormir y sentía un gato: miau... miau, pero duro; yo, de valiente, me levanto y, pues, parecía que lo agarraba porque lo sentía; mi mujer prende la esperma, y nada, fíjese, no tenía nada en la mano; eso fue cosa del demonio: eché agua bendita y quemé ruda; esa noche no pegué el ojo.

En este instante se sentía que el viento empezaba a soplar con más fuerza; el viento tiene un poder caracterizado con malas o buenas energías; en los lugares pesados, donde la gente dice que hay espantos o ilusiones, se puede contagiar de mal viento; el silencio daba tiempo para recordar y traer al presente las emociones más extrañas que producen estos encuentros.

De repente, a lo lejos, casi en las montañas, se veía una luz, al parecer se movía de un lado a otro; mientras tanto se escuchaba como los árboles bailaban al son del viento; Don Manuel se ríe: — ¡Qué tal sea la señal de una huaca!, y nosotros aquí sentados; para sacar una cosa de esas hay que ser valiente, porque suceden unas cosas bien miedosas y extrañas:

Dicen que los de antes enterraban oro, loza, plata y objetos valiosos; yo creo que era para que no se los roben; mejor dicho, era una costumbre; los enterraban en cuero de vaca o de ternero para que se conserven; cuando los dueños de los entierros se mueren, y tienen pendientes en la tierra, no descansan en paz, y, pues, empiezan a molestar a los vivos, para que les ayuden a liberar sus penas; por eso uno cuando está vivo no debe pegarse de las cosas materiales; al fin y al cabo, ¿para qué?, al morir uno nada se lleva.

Por eso, de que existen las huacas, existen. Cuando era joven acompañé una vez a un huaquero de huaqueros, a don Alfonso Cabrera; la comadre de él escuchaba cerca de su casa una vaca todos los días, a eso de las 12 de la noche: muuuuu, muuuuuu, pero cerca de la casa ningún vecino tenía vacas; eso ya son llamados de huaca; cuando se escucha así es porque los antiguos envolvían en cuero de vaca sus entierros, o también si aparece una culebra cuando se va a sacar la huaca es porque los antiguos colocaban una resma de tabaco para que después se transforme en culebra.

Bueno, ese día llevamos varillas, que son infaltables para huaquear, recorrimos los terrenos cerca a la casa de la comadre; llegamos a un lugar y las varillas se doblaron, entonces ahí está el entierro; se coge los cuatro puntos cardinales, se coloca una estaca en el centro y en el ruedo se comienza a cavar; ese día cave y cave, pero no salía nada; cuando alcanzamos a ver como un paquete, pero se nos corrió, solo se mostró, estaba arisca; yo creo que seguramente, ese día uno de los que estábamos estaba con ambición, y eso sí es lo peor; mejor dicho, uno no saca nada; y cuando se portan así todos los que están cavando, tienen que orinarse donde se supone está; luego, con la cola del caballo que uno lleva hace una trenza, y se la coloca alrededor; cuando ya hicimos todo eso, seguimos cavando y nada; al ratito escuchamos un grito de sufrimiento, pero, ¡juepucha!, parecía que nos iban a reventar los tímpanos, y se desapareció la huaca; nos tocó irnos con las manos vacías.*

* Manuel Delgado, 84 años, Barrio el Recuerdo.

En ese instante, la luz de la montaña desapareció, como ha desaparecido la importancia del ser en el mundo actual, para darle paso al materialismo. La ambición es un deseo que lo castiga la huaca; si una persona persigue un entierro con malos sentimientos, jamás lo encontrará, pero si la busca con sentimientos puros, la huaca misma se le aparecerá.

Don Manuel, con un suspiro, expresa: —eso es cierto y al morir uno nada se lleva; por eso Jesús dijo: en el cielo hay tesoros más grandes, no hay que acumular tesoros en la tierra, que se apolillan; me acuerdo de lo que les pasó a los Erazo, eso es una muestra de lo malo que es ser ambicioso:

En la esquina de los Erazo, desde tiempo atrás, dicen que hay una huaca; yo me acuerdo que hasta mi abuelo me sabía contar eso, pero no la han podido sacar; siempre se escucha un ternero o una vaca, ¿qué será? Una vez, el nieto de don Erazo la iba a sacar con otro compañero, prepararon todo y un miércoles de luna llena la empezaron a sacar; cuando ya iba a orinar como, eso, hay que orinar se les fue la huaca, estaba arisca; salieron a la calle, miraron alumbrar en el potrero de la esquina, cerca a los Sinsajoa, se fueron para allá, colocaron las varillas, prendieron el cirio bendito, y comenzaron a excavar; al principio dizque sacaron huesos, después apareció harto oro; pues, claro, al Erazo se le abrió la agalla, y se la pensó; como ya iba a aclarar, entonces él le dijo al compañero: “Yo llevo el oro a mi casa, que está más cerca y mañana nos repartimos”; el compañero, confiado: bueno, le dijo; pero las intenciones del Erazo no eran buenas; qu’ezque pensó: ahora no le doy nada; dejó el oro guardado, al otro día fue a ver y sólo habían gusanos, el oro no estaba, la huaca lo castigó por ambicioso; él lloraba, contándome.

La esposa de don Manuel escuchaba atenta cada palabra; su mirada expresaba temor y a la vez curiosidad; se levanta y sirve agua de panela, en vasos de loza, y dice: —por el parque habla la gente que hay una huaca también, por eso tal vez sea tan pesado;— don Manuel, responde: —No sólo por eso, viejita; también es por la tragedia de Murallas:

En el mes de junio, ocurrió una tragedia que pasará a la historia; fue en la vía que conduce de San Francisco a Mocoa, conocida como la tragedia de Murallas; una vez hubo un derrumbo cerca a una parte que le dicen Murallas; como era viernes, pues se quedaron atrancados varios camiones, buses y carros de lado y lado de la vía; se bajó toda esa montaña y tapó a ese mundo de gente, cuántas muertes que hubo; todos los muertos que sacaban los traían a San Francisco, pero dicen que pocos cuerpos rescataron; más traían pedazos, cabezas, piernas, brazos, pies, manos y todos los colocaban en la alcaldía; venía gente de varias partes a reconocer lo poco que traían; dicen que ese día había dos arco iris; yo no vi, pero así dice la gente, y eso es señal de tragedia; además, por eso es pesado el parque; imagínese toda esa cantidad de almas condenadas que no recibieron santa sepultura, media bendición, porque no eran cuerpos completos; hicieron una fosa en el cementerio y los enterraron no más; por eso se miran descabezados, niños, la Vieja, entre otras cosas que no son de este mundo.

—Ah, claró, dice doña Esmeralda, eso se escucha una de cosas; por eso a ciertas horas ya me da miedo pasar por el parque; a mi hermano le pasó un cacharro:

Los ancianos contaban que en la esquina de los Corales, cerca a llegar al parque, se sabía aparecer el descabezado, a las 12 de la noche, a la mala hora; cuando mi hermano tenía

17 años, vivía donde mis abuelos, y una vez se quedó con mi tío y unos señores charlando en el parque, pero él tenía tanto sueño y mejor se fue para la casa; pasó por ese lugar pesado, pero no se le apareció nada; él sentía que lo seguían, pensaba que era mi tío, pero volteaba a ver y nada, hasta que llegó a la casa de mis abuelos y miró una figura con una capa negra que estaba manchada de sangre, que estiraba las manos e intentaba cogerlo; empezó a gritar: ¡mamita, mamita!; mi mamá abrió la puerta y él entró corriendo a meterse debajo de la cama; pero que era espantoso.*

Doña Esmeralda, entusiasmada por contar lo que sabía, continúa:

—¡Ah, y por eso de Murallas, pasan hartas cosas, ya que no ven que tanto muerto sin recibir santa sepultura!: cuando pasó la tragedia de Murallas, todos los muertos los traían a la alcaldía, que queda en el parque, y por eso es bien pesado; una vez dos borrachos subían y en el parque miraron un bulto, y por la curiosidad se acercaron a ver qué era, cuando ‘ezque se transformó en varias calaveras; cuando se movía se escuchaba sonar los huesos; los privó; al otro día habían amanecido en la puerta de la iglesia y toditos rasguñados.



Figura 5. Los sustos del parque los fundadores.

* Esmeralda Montenegro, 75 años, Barrio el recuerdo.

Don Manuel, mirando hacia afuera, dice: —Pobre gente, eso sí fue una tragedia, harta gente del pueblo murió; la fuerza de la madre naturaleza es increíble; ahí, sí no hay nada que hacer— el perro empezó a ladrar mucho: —Ese Tino sí que molesta— le gritaba: — ¡Ándate a dormir, no molestes!

El sonido del fogón amenizaba el silencio, la llama se reflejaba en la mirada de Don Manuel y Doña Esmeralda; el aire que tomaban para respirar profundo se convertía en sonidos de magia, que rompían el tiempo y abrían una brecha en la cotidianidad.

Don Manuel tose y, como preparándose para hablar más, habla: —El tiempo pasa rápido y la vida cuánto cambia, y uno se hace viejo y achacoso; se ven lejanos esos tiempos en que uno era joven y lleno de vida; me acuerdo:

Una vez me fui con mi papá al río; llegamos tarde al pueblo, nos sentamos en el parque a descansar en la piedra grande; un primo, que se había adelantado, se escondió detrás de la piedra para hacernos asustar; cuando ya íbamos llegando a la piedra; sentimos el grito de mi primo; él salió temblando de detrás de la piedra, entonces nos acercamos a ver qué pasaba, estaba pálido, pálido, tembloroso, y no hablaba para nada; entonces, mi papá le pasó una ruda por el cuerpo y ya se reaccionó un poco; entonces nos contó que lo que quería hacer era asustarnos y pasa que le habían pegado un grito en el oído, feísimo, que lo dejó tonto.

A pesar del ameno calor del fogón, se empezaba a sentir el frío, la luna encantaba la noche, el viento susurraba sobre San Francisco, los árboles se habían quedado dormidos, menos los grillos y las luciérnagas, que seguían haciendo música y alumbrando con su fuego intermitente; la leña se iba consumiendo, como si fuera el combustible del momento nocturno.

Don Manuel con una risa expresa que la leña no da pa'más: —Bueno, mi abuelo decía que el frío espanta hasta el más valiente— Doña Esmeralda recoge los vasos y le echa un poco de agua al fuego, hasta que se apaga; un humo sale y su indescifrable aroma será un recuerdo perenne.

2.2.2 Contando y sobando

Al recorrer las calles de San Francisco, se escuchan voces que señalan un rostro que ha vivido muchos encuentros y ha sido testigo de varios sucesos extraños; oculto dentro de la cotidianidad, respirando la magia de estas tierras, conocido por sobar los dolores del cuerpo, es Don Crisanto Urbano, perteneciente a las primeras familias sanfranciscanas.

Sus ojos negros guardan miles de imágenes, que hacen parte del tesoro intangible de su existencia y, a la vez, de la memoria de San Francisco; a través de una calle larga se llega a su casa; la entrada es un pasillo largo, que hace más misterioso el encuentro; se llega a una sala muy pequeña y Don Crisanto, con una gorra, y bigote, esta sobándole el pie a un señor, por un dolor fuerte en su pierna derecha.

Una voz gruesa dice: — ¡cómo me les va!, sigan... —Un olor a pomada perfuma el espacio; un tronco en forma de serpiente está en una esquina; en una mesita hay un frasco lleno de hojas, Don Crisanto muy serio dice: —listo, dejemos ahí no más, para que no se resienta el tendón; mañana regrese otra vez para acabar el trabajo.



Figura 6. Don Crisanto Urbano

Acabando de sobarse las manos, expresa: —San Francisco, tranquilito todo, pero en este pueblito sí pasan cosas extrañas, o, bueno, por lo menos a mi sí me pasaron cosas; en esa época cuando yo era joven y valiente; —con una sonrisa dice:

—Aunque no hace mucho, por ponerme a recodar viejos tiempos, me fui a buscar una huaca y resulta que El hermano de un amigo era huaquero, había sacado una huaca con mucho oro y se volvió rico; él le contó a mi amigo dónde había otra huaca y, con otros tres compañeros, nos fuimos a buscarla; llevamos el péndulo para ubicarla; cuando, uno ya empezó a decir que el péndulo no servía, yo le respondí: si se pone a dudar, mejor vámonos, porque uno debe ir bien seguro, o si no se vuelve arisco el entierro.

Donde marcaba el péndulo hicimos los cuatro puntos, ¡pero seguían dudando del aparato!; yo ya iba a dejar todo botado, porque el aparato no miente, y el de Sibundoy decía: “yo no creo en espíritus, eso es solo cuento para que no saque las huacas”; entonces, yo le dije: “eso usted verá, pero el ritual de la huaca sí respételo, no vaya a hacerla celosa y se nos vaya”.

Empezamos a excavar y el de Sibundoy otra vez : “no, eso ya es movido, pero yo insistía: el péndulo nos está marcando; seguimos excavando; a eso de las diez de la noche, esa parte se desfondó; un compañero se bajó a ver, nos decía que abajo era como una pieza grande, y estaba duro para sacar tierra. Cuando, arriba, pasó una lagartija alrededor del hueco, pero grande; cada vez que daba vueltas, se volvía más grande, y el de Sibundoy,

que no creía, dijo: ¿qué es eso? Entonces, le dijimos: como vos no crees en espíritus, jeso se respeta!; respondió, asustado: “ahora sí creo que hay diablo” y se desapareció la lagartija.

Excavamos hasta las seis de la mañana, dormimos un rato; cuando regresamos, en el hueco miramos un oro; nos asomamos más y aparecieron unos huesos; uno medio los tocaba y se desvanecían; empezamos a sacar más tierra, pero abajo uno no aguantaba nada, tocaba salir a tomar aire; pero empezó a salir un olor horrible y se escuchó unos gritos; era como un bramido, como una vaca; aparecieron hartísimas ranas, en cantidad; con un balde, metíamos las ranas, las mandábamos para arriba donde estaba otro compañero, pero él nos decía: “ninguna rana”, ¡todo era una ilusión!, y otra vez mandamos baldados de ranas; le dije: “ahora sí van las ranas”, pero otra vez arriba nos dijeron: ¡nada de ranas!; el compañero que estaba arriba bajó y, pues, ya miró las ranas; estas lo empezaron a ver, se pusieron como en fila y desaparecieron; después, una mano de binacuros; los llené en el balde, les echaba tierra, mande para arriba, pero allá no llegaba nada, eran solo ilusiones.

De pronto, comenzó a llover con truenos; mejor nos salimos, eso es mal presagio, nos dio miedo quedamos sepultados; cuando regresamos al otro día, ya no había nada, todo estaba tapado; pero, ¿cómo pudo suceder?, nos preguntábamos, si dejamos destapado; eso sí fue sorprendente.*



Figura 7. Huaquero en San Francisco.

Don Crisanto, con una sonrisa en su rostro, decía: —eso de ser incrédulo es lo peor; entre menos uno crea peor le pasan esas cosas; por ejemplo, a mi me hablaban del

* Crisanto Urbano, 75 años, Barrio Padilla.

duende, a cada rato, y yo decía qué carajos de duende, y yo no creía pues, y verán lo que me pasó, yo hast' ahora no lo puedo creer; verán:

Antes no había acueducto, entonces me fui a traer agua al chorro de arriba, cuando miré que estaba una persona, pero bien rara: tenía unos ojos negros grandes, yo no lo había visto por acá, como a la gente del pueblo se la distingue. Lo saludé y le pregunté: ¿qué, ya cogiste agua? Él dijo: “yo no vine a coger agua, vine a darme una vuelta”; a mí me pareció bien raro, le alcancé a divisar una cajetilla de cigarrillos, pero la camisa estaba al revés; yo le dije: ¿vos fumas?, y él dijo sí, pero ya me los acabé todos; yo dejé de hacerle caso, pero tenía como susto; me puse a recoger agua, me saqué el reloj y lo puse a un lado; cuando lo regresé a mirar, ese había estado subido en una piedra, por eso se lo miraba alto, había sido pequeñito; no me había fijado en eso, creo que me emboqué viendo la cara; entonces, le pregunté: ¿dónde vives?; dijo: ya me voy; dio un brinco, pero altísimo; yo me sobé los ojos para ver si estaba viendo visiones, pero se lo divisa a lo lejos que brincaba y brincaba; yo cogí una rama de ruda que tenía en el bolsillo, porque pensé: esto no es de este mundo, y me fui; casi me olvido el reloj, me regresé, pero no estaba, entonces pensé: se lo llevó el agua; asustado, regresé a la casa por la ilusión y triste por mi reloj, me lo había dado mi abuelo. Al otro día, me iba a colocar una chaqueta y sentía algo pesado; metí la mano en el bolsillo y mi reloj estaba ahí; eso sí fue muy extraño, pero yo contento me lo coloqué; miro la hora y el reloj estaba dando vueltas al revés; es decir, al contrario: ¡fue ese duende travieso! Eso pasó y a mí me daba mucha pena, porque era un reloj que me dio mi abuelo antes de morir, pero al fin estuve así hasta que dejó de funcionar la pila, mejor lo guardé bien, y por ahí lo tengo; estas cositas de espantos e ilusiones hay que respetar; de todas maneras, así como hay Dios, también hay diablo, y uno como ser humano no es perfecto.

Estas palabras afirman la existencia de una vida oculta y que actúa como sombra de la realidad; rompe ese ir y venir de la cotidianidad, un mundo que de vez en cuando aparece, habla, canta y baila; el verlo, sentirlo y creer en ello es prolongar los latidos del corazón y, a la vez, acrecentar el misterio de cuál será la próxima persona que conocerá ese mundo.

Mientras tanto, Don Crisanto miraba hacia el pasadizo, como si hubiera sentido algo; pero afirmó severamente: —Eso sí le digo: cualquier persona no mira cosas extrañas, son las que tienen su guardado o su mal comportamiento, o también las que no creen; verá:

La gente dice que por donde el finado Cristóbal, después de las ocho, no se podía pasar, porque ahí siempre se aparecía la Vieja, eso era seguro; un señor tenía la novia en Sibundoy, ya regresaba para San Francisco y dijo, renegando: “yo no creo en espíritus, voy a cortar camino por donde don Cristóbal, ¡qué cuentos de Vieja ni que ocho cuartos!; se fue por ahí, hecho el valiente; más adelante miró como un bulto que estaba en la esquina; él qu'ezque no le prestó atención, pero que empezó a oler a azufre cuando se huele a azufre es porque el demonio anda por ahí; bueno, siguió caminado, cuando el bulto se empezó a transformar en un figura humana (él quedó paralizado), y que se reía bien duro, era una risa de mujer; eso no más se acuerda, pero la Vieja ¡le había pegado una paliza!, casi muerto lo había dejado; doña María Castillo había escuchado y salió a verlo; el pobre, que echaba sangre por todo lado; esa le pasó; cuando las personas reniegan, que yo no creo en los espíritus, eso es puro cuento, es peor; no ve que es una falta de respeto, las cosas del otro mundo son de temer.

Unos rayos de sol aparecían en el pasadizo, Don Crisanto revelaba en su cuerpo la emoción de contar lo que sabía, como si fuera un momento cuando más sintiera su

existencia y, al mismo tiempo, con su voz creaba un camino para viajar a partir del sonido de las palabras que hacen sentir la vida hasta en su más mínima expresión.

Don Crisanto prosigue: —tantas cosas extrañas que pasan aquí, aunque después de tanto tiempo no deberían ser extrañas, prácticamente son parte del pueblo y hay lugares donde ya han construido casas, pero nadie sabe lo que ha pasado en esos espacios, como que:

En la esquina donde ahora queda la emisora, había una pila, donde se recogía el agua, porque antes no había acueducto; pues, yo me fui a recoger agua a eso de las siete, cuando en la pila se divisa que estaba una señora vestida de negro; yo me aguardé, cuando esa señora levantó la cabeza, le miré unas muelotas, parecía que tenía gusanos, y cuerpo no tenía, era como una cosa negra y nada más; entonces, dije: esto está grave; a mí no me dio miedo, sólo de enfermarme con un mal viento, y, pues, yo salí corriendo.

—Eso del mal viento es fregado, si no se cura rápido hasta puede matar; yo también puedo curar: un remedio que no falla es con ajíes; yo he curado hartos por algunos espantos que han visto en el parque, pero hace algún tiempo un señor vino a que lo cure por una cosa rara o, pues yo que llevo viviendo 60 años, aquí no había escuchado; acontece lo siguiente:

Una noche subían cuatro borrachos por el parque, cuando miraron un niño que estaba jugando; le dijeron: “ve este vergajo, ¿qué haces a estas horas jugando?; lo iban a coger, pero ese niño que se les metía por el medio, les había roto los pantalones y no lo podían coger; uno de ellos se sacó el cinturón y ese niño que pegó la carrera a la esquina y de allá ‘ezque se asomaba a ver; entonces, ellos dijeron: vamos dos por aquí y los otros por atrás, ahí lo cogemos; se fueron acercando despacio, el niño que los quedaba viendo y, cuando ya lo iban a coger, se había tirado por una alcantarilla y se desapareció.

Don Crisanto, sorprendido, decía: —De un niño, yo no había escuchado, pero eso les había roto los pantalones, es que ese parque es bien pesado; igual a los que se portan mal y andan a altas horas por el parque, siempre les pasa algo; —de repente por el pasadizo apareció una señora y dijo: —Crisanto, sácame una cuerda de la mano que me tiene inútil; —¡oh!, usted, ¿otra vez?; los años no llegan solos, ¿no? —Don Crisanto suelta una carcajada.

La señora se sienta en el sofá y dice:

—Pacito, Crisanto, verá...

—Don Crisanto: ah, pues usted también debe saber de algún cuento de espantos del parque, ¿cierto?

—Ah, pues yo sé el del indio:

Los ancianos dicen que los indios antes eran bien salvajes, se corrían de las gentes, empezaban a echar piedras, pero los capuchinos los estaban educando y ya se calmaban; pero hubo un tiempito que los indígenas se ahorcaban mucho, a cada rato se ahorcaban, uno, otro, y cuentan hubo un indio que se ahorcó en un árbol del parque, y a eso de las doce de la noche se lo sabe ver colgado en el parque, y se escucha un cuerno, el que

saben tocar los indios, pues, y la persona que lo mira le sabe coger un mal viento, se tuerce, se enferma.*

Don Crisanto afirma: —Ah, verdad, eso del indio, que se aparece ahorcado; —mientras él le sobaba la mano a la señora, se acordó de algo, que le sorprendió:

Un indígena, que tenía 120 años, le había contado a mi papá que una vez llegó un padre, que se llamaba Andrés, era español, capuchino, torturaba a los indios para que le digan dónde está el oro; en una ocasión cogió tres indígenas para que lo llevaran cargado a la loma a buscar oro; el indígena, que le contaba a mi papá que si no encontraban oro, los golpeaba; entonces, los pobres que tomaban yagé para sacarle el oro; los capuchinos, que eran malos, por eso a veces por las calles del pueblo se miran hartos espíritus de varios capuchinos, condenados por hacer tanta maldad; claro, no todos, pero es que muchos eran ambiciosos.

Hace algún tiempo yo acompañé a don Jorge Acosta a matar unas vacas; yo era muchacho, nos fuimos a acostar a eso de las 11 de la noche; entonces, dijo: dejemos una lámpara prendida, de pronto viene algún ladrón y nos roba la carne; pero me empezó a coger hartos miedo, porque me acordé que más abajo se había ahorcado una india, y que se aparecía toda morada; empezó a tronar, a haber relámpagos, cuando miré un padre que venía de allá, del río, pero arriadísimo; él no saltaba los alambrados, pasaba derecho; entonces, cuando lo miré estaba en el río, pero de allá voltió a verme y empezó a echar como bendiciones para arriba; esa barba se le meneaba de un lado para otro; entonces, corrí a contarle a don Jorge y dijo que ahí en el puente del río un padre se había caído, y, pues, como en ese tiempo estaba crecido, no lo pudieron sacar; seguramente no alcanzó a cumplir la misión que tenía y quedó suelto en este mundo.

En seguida, se escuchó un grito de la señora: — ¡Ayay...! — ¡Ja!, hasta que le templé esa cuerda, dijo don Crisanto y tapó la pomada. —Retomando algunos sucesos históricos de la población, cuando llegaron los capuchinos explotaron a los indígenas, como era normal en la época, siguiendo la ambición de los conquistadores de conseguir oro a costa de lo que fuera.

Las tribus del Valle de Sibundoy no fueron la excepción frente a este hecho; también fueron perseguidas para que entregaran su oro y hasta sus tierras; tal vez este sea un suceso del cual muy pocas personas tienen conocimiento, y puede ser valioso en esta época en que persiste un rechazo a las comunidades indígenas; al fin y al cabo ellas fueron las primeras dueñas de estas tierras.

El tiempo transcurría y otra vez Don Crisanto se sobaba las manos para quitarse la pomada que le quedaba, y con una voz, sonriendo, dice: —A los espíritus de los curitas se los mira a cada rato por acá; hubo una ocasión que uno de ellos nos atormentó la vida a mi familia; eso sí fue tenebroso, y uno pequeño, peor, casi nos mata del susto:

Mi papá compró una casa; dicen que mucho antes, ahí vivían los primeros curas; nos pasamos a vivir allá; los primeros días bien, pero le cuento que ahí hubo un padre, ya difunto, que le atormentó la vida a mi mamá; eso, se le revelaba, que en el solar había una huaca, que se la saque; a las doce del día se lo sentía que pasaba: “gualás, gualás, gualás”, y hacía sonar el rosario.

* Bertha Muñoz, 55 años, Barrio Belén.

Una vez estábamos al lado del fogón y en la puerta gritaron, nos asomábamos y nada, eso era espantoso; pero a mi papá no le gustaba eso, decía que no era bueno coger cosas que otra gente ha guardado; pero ese padre seguía joda y joda a mi mamá. Una noche nos quedamos solos, mi papá tuvo que irse a cuidar un rancho; todos estábamos cerca al fogón y empezamos a sentir al padre p'arriba y p'abajo; en esas llegó el abuelo, y antes de las seis tocaba cerrar el portón; se pasó las seis y nadie se movía a cerrar, por miedo al padre; mi mamá le dijo a mi abuelo: “papá, deme cerrando el portón, que a mi sí me da miedo del padrecito”, pero mi abuelo la regañó: ¡estás zafada el coco!; mi abuelo fue a cerrar el portón, cuando miró al padre parado en el portón, llorando; eso le dio un mal viento, se paralizó por un lado.

Mi papá sí era jodido; cuando el padre hacía algún ruido, le decía: ¿pa qué dejas enterrando tus cosas, para ahora venir a joder?; había noches que se lo oía cantar la misa en latín, pero mi papá dijo: “voy a ponerme a excavar para que ese espíritu deje de joder”, y se puso a cavar de día; tal como se lo había revelado a mi mamá, empezaron a salir platos, cáliz de oro, joyas; como cosa rara, había un gallinazo desplumándose en el árbol de chirimoyas, pero nosotros no le paramos bolas; mi papa siguió excavando; nosotros asustados, pero mi papá, riéndose, decía: “ve lo que ha enterrado ese cura”. Cuando llega una vecina de confianza, entró para allá atrás y gritó: “¿qué, vecino, ya está sacando la huaca?”; entonces, se le hundió la huaca a mi papá y se perdió; esa señora le dañó la sacada de la huaca y le cogió un mal viento a mi papá, un dolor de cabeza; él, bravo, decía: “esto es lo que uno se gana, estar enfermo”; en últimas, mi papa mejor consiguió otra casa, nos fuimos porque el padre atormentaba mucho a mi mamá; ese espíritu sí era espantoso, estaba sufriendo mucho; ahora en esa parte ya han construido una casa; no sé si la sacarían o no.

Mientras contaba este relato, Don Crisanto abría más sus ojos y en su cuerpo reflejaba el miedo que sentía cuando le aconteció esto; las palabras no sólo se dicen por decir sino que también se las experimenta con el cuerpo; así, la palabra oral tiene un mayor efecto no sólo en el que la cuenta, sino también en sus oyentes.

Como es posible darse cuenta, a los capuchinos no sólo se los recuerda por la fundación de San Francisco, sino que también han quedado en el imaginario de la población, pues hacen parte de ese mundo de sombras que han quedado en este mundo, siempre buscando un espacio para aparecer; mientras tanto deambulan en la invisibilidad de las palabras.

El tiempo transcurre, las palabras son flores cuyo aroma permite viajar y romper los límites de la realidad, para entrar en ella verdaderamente a partir de las voces de la experiencia, que son la evidencia de la literatura popular, la literatura de la enseñanza.

Llega otro paciente, pero esta vez parece que es de gravedad, porque casi no podía caminar; se lo llevan para adentro; Don Crisanto se despide, coge el tarro de las hojas, otra pomada, y dice: — ¡Para este caso hay que llenarse de fuerza!...

Así, se camina por el pasadizo, sin ser los mismos, hay palabras mágicas que han quedado para abrir puertas y seguir cultivándolas para resaltar la herencia cultural de esta bella población; el sol aparece en la puerta, afuera la vida sigue su curso, sin saber que hay un mundo detrás de ella.

2.2.3 Una curandera y sus mágicas palabras

Al amanecer, las aves revolotean en el cielo, un aire proveniente de la montaña se extiende por la atmósfera, el silencio embriaga, el suave viento acaricia las miradas, la mágica piel de Huairasacha está fresca y lista para otro día de existencia.

En la población es común escuchar hablar de doña Celina Ruales, una de las pocas curanderas que quedan vivas en el pueblo; sus padres fueron los primeros habitantes de estas tierras; según la gente, ella ha curado a varias personas de muchos males; ella no pertenece a ninguna tribu indígena de la región, no obstante pregona ser descendiente de los pastos.

Su casa está rodeada por un gran jardín, flores de varios colores adornan la entrada; al entrar se siente una tranquilidad indescriptible, algunos pajaritos vuelan por ahí, un caminito lleva a la puerta principal; adentro hay varios objetos antiguos, como mesas, televisores, entre otras cosas.

El piso de madera anuncia que se acerca doña Celina; sale, es una señora alta, con una mirada que produce expectativa, dos trenzas a sus lados adornan su cuerpo; ella dice: —Buenas, espérenme un ratito; —lentamente se dirige al jardín, recorre un espacio donde hay unas plantas y regresa.

Se sienta en la cocina y con una voz ronca expresa:

—¿Qué haría yo sin las plantitas?, es lo más sagrado que puede existir, como usted ha de saber, yo trabajo con plantas; a mi me gusta darles una rondita por la noche; eso sí, no pasa un día que no las visite, pero una vez, por andar comadreando, se me hizo la mala hora; de todas formas, fui al solar a ver mis plantitas; empecé a escuchar bulla, algo así como un bombo, parecía que venía del puente de la quebrada, y miré una personita pequeñita que se perdía en la esquina tocando un tambor; claro, era el duende; yo, asustada, empecé a decir: Divino Niño, bendíceme. Llamé a mi esposo y nos volvimos a asomar; al duende ya no se lo miraba, sino a tres muchachos acostados en el potrero; a mi se me hizo raro, y uno gritaba: sáquenme; entonces, claro, yo ahí mismo pensé: fue el duende; nosotros nos echamos agua bendita y llevamos un ramo bendito para que no nos dé mal viento, y fuimos a ver qué era que pasaba, porque el duende los puede matar; cuando, ¡estos muchachos no estaban acostados, sino enterrados!, pero esos vergajos habían estado tomados y, claro, los empezamos a sacar. Yo pienso que estos estaban jodiendo ahí en la quebrada y, pues, al duende no le gusta que lo molesten, más a esas horas, por eso les hizo lo que les hizo; luego, me tocó curarlos de mal viento; me contaron que ellos en la quebrada se pusieron a joder y decían: “a ver duende, salí”; Virgen Santísima, ¿cómo no los mató?.*

Doña Celina mira fijamente las plantas y con una gran seguridad dice: —A mi me da mucha rabia que las personas empiezan a molestar con los espíritus; pobrecitas, son almitas que no han visto la luz; todo lo que dicen de espantos, bien sea Viudas, duendes, o descabezados, son almas penando; ¿cómo así?, dirá usted. Verá:

* Celina Ruales, 65 años, Barrio San Judas.

Hay almas que andan sufriendo; a ellas hay que orarles, hay que decirles: ¡Papito Dios, Espíritu Santo, coge a estas almitas, son tus hijas, no las dejes por fuera! Las almas que se quedan fuera es porque no han sido buenas gentes. Las almas se pueden transformar en ilusiones, se las mira de varios colores, pero no blanquitas; cuando las almas están condenadas se hacen ver; cuando uno las mira, no hay que sentir miedo, ni salir corriendo, por eso se transforman en cosas feas; en ese momento hay que orar mucho, no insultarlas, como dicen algunas personas.

Doña Celina frunce el ceño: —Esas cosas son de mucho respeto, pero no falta la gente ignorante. —En la casa se sentía el olor a plantas, la casa era grande, a modo de las antiguas; doña Celina sólo contemplaba el jardín, pero de repente voltea a ver al centro de la casa y dice: —Ah, pues, cierto, en mi misma casa miré una almita vestida de padre, pero eso no fue nada, como se cuenta ahora:

Como hay padres buenos, hay malos; por ejemplo, había padres ambiciosos, se querían llenar de riquezas y riquezas. Cuentan los abuelos que una vez, en la casa de ellos, cambiaron el piso; después de eso, unos ruidos, empezaban a sonar las ollas y qué miedo que les daba; varias noches así, no los dejaba ni dormir; un día, mi abuelo le conversa al compadre Abelino y este lo aconsejó que de pronto sea una huaca; pero mi abuela decía: “lo que yo no he guardado, no es mío; quien sea dueño de la huaca, si me la quiere dar, que me la entregue en las manos, para pagarles unas misas”; pero mi abuelo ni caso le había hecho. Llevaron las varillas y en el centro de la casa se doblaron; empezaron a cavar ahí, se vio el cuero del ternero donde envuelven las cosas; pues prácticamente la tenían sacada, pero se habían apagado las velas benditas y se les hundió; dice mi abuelo que el compadre de pronto pensó algo grave; mi abuela se había asomado y miró una ilusión vestida de café -como los capuchinos de antes-, mi abuela lo había visto y al suelo fue a dar la pobre, la privó y casi muerta la habían llevado donde doña María Quenguan, para que la cure.

En ese instante una leve llovizna empezó a caer sobre el jardín; era una vista hermosa, las flores se movían con el ritmo de la lluvia y los rayos de sol las acariciaban tenuemente; a lo lejos aparecía un arco iris grande y se colgaba en las montañas; doña Celina lo mira fijamente y expresa: —Qué lindo ese arco iris, nos viene a saludar; —con una voz de nostalgia afirma: —La gente dice que al final del arco iris el duende tiene su oro, pero ese duende es malo; verás:

Una vez, una muchacha bonita se fue a trabajar como cocinera a una finca, y en sus quehaceres fue a recoger agua al chorro y, pues, la vergaja no volvió más; eso fue un escándalo; unos decían que se perdió, otros que se había enamorado de un camionero; tantos rumores que se escuchaban; pero, así que así, la gente la fue a buscar por los alrededores de la finca, bosque adentro, la encontraron y la ropa estaba embarrada de estiércol de ganado, y le decían: ¿qué pasó, por qué andas sola por acá? Ella, con el dedo apuntaba: Es que él me acompaña; y la gente que la encontró no miraba nada. La trajeron al pueblo, en un caballo, y la gente gritaba: ¡ahí va ella!, ¡ahí va ella!; la llevaron donde doña Josefina, la curandera, porque estaba enduendada, y ella la curó. Fue el duende vergajo que la tenía; ¿no ve que él se enamora de las muchachas bonitas?

Las muchachas bonitas, en las comunidades, siempre tienen un reconocimiento especial, pero al ser catalogadas como tales corren el riesgo de crear envidia, por ello aparece el duende que se enamora de ellas; doña Celina, hablando duro, casi gritando: —Eso hay casos de casos así, que la gente no le gusta contar; eso de los espantos es bien extraño:

Una vez, mi esposo llegó, bien cansado de trabajar, a la casa; teníamos una escopeta, de pronto cualquier cosa, uno nunca sabe; nos acostamos, prendimos el fogón, yo me dormí, pero dice mi esposo que de pronto miró una sombra negra que entró y lo privó; no hallaba la forma de quitarse esa privación que tenía, y los demás estábamos durmiendo; él la miraba a esa sombra que raspaba en el fogón, como tragando candela y bailaba; luego miró bien y era una mujer negra chiquitica, salió por la puerta; y se le quitó la privación, se levantó, cogió la carabina y echó tres tiros; todos nos despertamos asustados: ¿qué pasó?, grité; él dijo: “Virgen santísima, es la Vieja”; nos mostró lo que había hecho en el fogón, dejó raspado así como gallina, pero como si tuviera unas uñas grandes; después, todos empezamos a rascarnos; esa Vieja dejó un pulguero y uno no se aguantaba las pulgas; que feísimo eso. Eso nos pasó, pero era increíble el pulguero, y cuando es así, es obra del demonio.

Mientras tanto el arco iris desapareció; de pronto una lora desde un árbol del jardín empezó a decir: — “Celina, Celina, veni”; —Doña Celina soltó una carcajada y dijo: —Estos animales ya empezaron a molestar, me voy a pegarles una rondita.

A la salida, caminando por el jardín, se escuchaba el canto de los pájaros, como si fuera la música final de los relatos; el aroma de las flores hizo sublimes las palabras de los relatos, como un recuerdo para perdurar por medio del poder infinito de la palabra y la escritura, que permiten prolongar esta herencia cultural.

2.2.4 Palabras nacidas en las montañas de San Francisco

Al salir de la casa de doña Celina, se siente la sensación de estar soñando despiertos, descubriendo espacios ocultos de la realidad, de donde emana una magia que despierta los sentidos y rompe los límites de la existencia; al caminar por San Francisco en busca de los relatos, cada paso representa el deseo de otro encuentro con aquella literatura que nace desde las raíces del pueblo, de los latidos de su corazón.

De camino por la vía a Mocoa, se ve el hermoso Portachuelo cubierto por la neblina, es como si tuviera una mirada; su color verde brilla a lo lejos y, en medio de su tierra, pasa la carretera hacia otro destino; afuera de una tienda están descargando unos bultos, a la izquierda hay una banca, un señor se encuentra sentado, sus botas de trabajo le llegan hasta las rodillas.

Su rostro está marcado por algunas cicatrices, sus manos deterioradas son la muestra de su trabajo; él es Don Segundo García, un hombre de aventuras y anécdotas que, en busca del sustento de su vida, recorrió las montañas de San Francisco ubicadas alrededor.

Don Segundo dice: —A mi sí me han pasado cacharos, la naturaleza sí me ha hecho pasar malos ratos; pero no tengo que quejarme, también buenos; en tantos años que yo anduve por las montañas, yo aprendí que ella es un espíritu que se debe respetar; me enseñó tantas cosas, pero lo que más le agradezco fue a curarme; imagínese cualquier enfermedad y uno en las montañas, qué doctor ni nada.

Mirando el suelo y un poco nervioso, cuenta:

Una vez me perdí tres días, en las montañas de San Francisco: era camine, camine, camine y regresaba a la misma parte; caminaba hasta las seis de la tarde, templaba un plástico, las noches eran bien horribles, llegaban a jalarme y todo; ya estaba muerto de tanto caminar; la última noche me desperté a las cinco de la mañana y seguí camine y camine, no había comido nada, había partes que sólo me tiraba a rodar, hasta que miré una mujer bonita que me mostraba el camino, pero era una mujer hermosa, nunca la había visto, pero el cuerpo era verde y le colgaban como hojas; hasta ahí me acuerdo; una gente me encontró en una chorrera, como si estuviera bailando; había sido la Madremonte, que me entundó.*

Riéndose expresa: —Yo qu'ezque estaba bailando, a yo que ni me gusta; pero otra vez pasó lo mismo:

Una vez, en una cacería de boruga, empezamos a matarla, pero salían cada vez más y más; parecía que nunca se iba a terminar, y mi papá dijo: eso no es de este mundo, son espíritus; nosotros asustadísimos, no prendía la linterna, no funcionaba la escopeta, los árboles se empezaron a mover y mover, sólo nos pusimos a rezar y fueron desapareciendo; eso era la Madremonte que nos estaba atormentando; eso de los espíritus, eso es cosa seria, y se ve que los animales tienen un cuidador y es la Madremonte; eso se transforma en miles de cosas, para espantar a la gente que va al monte.

Don Segundo dice: —Eso, como la madre naturaleza tiene el poder sobre los animales, las plantas, el viento, el agua, todo; por ejemplo, verá:

A mi me gustaba trabajar rajando leña; una vez me encontré un árbol de cedro, pero bien bonito, grande; entonces, con el machete lo piqué, como decir para hoy día, porque no tenía la motosierra; cuando ya la llevé, el árbol de cedro ya no estaba, ¿cómo se podía desaparecer?, semejante grande; entonces, escuché unos gritos bien feos, los animales corrían espantados y me acordé que mi abuelo sabía contar que el árbol de cedro es sagrado, que la Madremonte a veces toma forma de este árbol, por eso se desapareció; me asusté mucho, empecé a rezarle al Divino Niño, para que me proteja y no me dé mal viento del puesto donde estaba.

De todos estos sucesos, Don Segundo afirma que los ocasiona la Madremonte; él la considera como el espíritu de la naturaleza, que toma figura de mujer para atacar a los que le hacen daño; es una forma de defender las riquezas naturales.

Don Segundo se queda pensando: —Pero a mí, en el pueblo, no me pasaron cosas raras; pero sí he escuchado a harta gente y eso sí es verídico:

Mis abuelos nos contaban que había varios espíritus sueltos, que estaban condenados; uno, como buen cristiano, debería rezarles y portarse muy bien, para que a uno no se le aparezcan esas ilusiones, porque cuando uno reza se protege; por eso miran espantos las personas que tienen sangre débil, y más los afecta el mal aire, y, para curar el mal aire, se coge aguardiente, ruda, y se hace un sahumero; también se debe utilizar mucho la ruda, ella sirve de protección, es la defensora del cuerpo de uno, porque tiene un olor fuerte, característico, que no deja arrimar el espíritu.

* Segundo García, 74 años, Barrio Jesús Alfonso Botero.

Don Segundo mira hacia las montañas y expresa: —En este mundo hay tanta maldad, pero Dios no castiga ni con palo ni con rejo, la maldad hace la sangre débil y ahí es donde se pegan los espíritus. Mi papá siempre nos aconsejaba que nos portemos bien y siguiendo las reglas de Jesucristo. Yo sí le tengo harta fe es a la Virgencita; vea, —dice, y muestra colgada en su cuello una medalla de la Virgen del Carmen, —por ella estoy vivo, me ha librado de tantas cosas, si no yo no viviera, ya estuviera muerto.



Figura 8. La Madremonte.

Esta creencia es una fuerza superior que sustenta los sucesos mas difíciles por los que atraviesan las personas; el catolicismo está en la sangre de la mayoría de los sanfranciscanos; al lado pasa un señor y Don Segundo lo jala: —Ve, este de maleducado ya ni saluda; —el señor le responde: —Perdón, ¿cómo ha estado?

Don Segundo suspira profundo y se ríe: —Ve, al ver a este señor me acordé de algo; el papá de él me contó algo que le había pasado:

La Semana Santa es sagrada, esa semana no se puede echar machete, nada, y nos decían que si se daba machete a un palo era como cortar a Nuestro Señor, eso era de mucho respeto; no se podía uno ni bañar, porque decían: “sólo las mulas se bañan en Semana Santa”; cuentan los abuelos que los espíritus salen más en esta semana, por eso uno debe comportarse bien, como los padrecitos dicen; por ejemplo, una vez el compadre se puso a tomar en esos días, pero ya se venía para la casa y pasó por el parque, cuando del teatro

salía una procesión; claro, él, bien avergonzado que lo miren en ese estado, se escondió en la esquina; cuando se acercaba la procesión, miró que no era de este mundo, porque eran varios padres vestidos de café, pero descabezados, llevando un ataúd y rezando en latín; el compadre qu'ezque empezó a decir: “Virgen Santísima, perdóname, pero no hagas que me lleven”; desde eso, ni más el compadre le faltó el respeto a la Semana Santa.

Don Segundo agrega: —Eso del parque es miedoso; —una fuerte lluvia empezó, las nubes en el cielo estaban negras, a lo lejos se veían rayos y empezaban a escucharse fuertes truenos; Don segundo triste: —Empezó el chaparrón, —y se quedó en la banca contemplando la lluvia.

2.2.5 Cosiendo zapatos en el devenir de Huairasacha

En el barrio más grande de San Francisco, Los Pinos, existe la creencia de que debajo hay un cementerio de indígenas, por eso a determinadas horas se lo cataloga como un espacio pesado; un viento fuerte que proviene del río San Francisco hace sacudir los árboles que se encuentran a su alrededor.

En el cielo las nubes duermen y oscurecen el día; arrinconados en una zapatería están varios relatos, fruto de 50 años de vida en San Francisco; una casa pequeña con una rejilla es el hogar de una mujer de 70 años; a los 20 se vino a vivir a esta población; adentro, en un banquito, cosiendo un zapato esta Doña Victoria Sánchez.



Figura 9. Victoria Sánchez.

Es una mujer de baja estatura, en su rostro muestra mucha tristeza y cansancio; en sus ojos negros profundos hay curiosidad por lo que está a su alrededor; un olor a pegamento invade la sala; Doña Victoria dice:

—La vida es dura, a mi me ha tocado muy duro, pero si vinimos a este valle de lágrimas por algo ha de'ber sido; yo me vine al Putumayo con mi esposo, mi mamá y mis hermanos, salimos corriendo de la violencia entre liberales y conservadores y vinimos a parar acá. Yo llevo viviendo 50 años en San Francisco; este pueblito sí que ha progresado, no había nada; para cuando yo llegué, no había acueducto, luz, las casas eran de barro, las calles sin pavimentar, en fin, pero, pues, había costumbres que eran buenas y se han perdido; yo he sido testiga de varios sucesos que han ocurrido y otros, pues, que me han contado; ya se sabe que pueblo pequeño, infierno grande.*

Al seguir cosiendo los zapatos, Doña Victoria cuenta:

En la calle de don Córdoba, hay una casita que queda al lado del cementerio; varias señoras madrugábamos a hacer pan de maíz; entonces, pasaba un señor; yo pensé era normal, de los que madrugan a trabajar, y entonces vi una mujer sentada, vestida de negro; yo dije: ve, doña María hoy me ganó a madrugar; cuando yo iba pasando, la vieja se empezó a criar, criar, criar, se hizo bien grandísima, mostraba unas muelotas; yo, muerta del susto, porque eso no era de esta vida, entonces empecé a correr hasta arriba, hasta la casa; cuando regresé a ver, pero ya de lejos, no había nada.



Figura 10. La Vieja

* victoria Sanchez, 74 años, Barrio Los pinos.

El pan de maíz es tradicional en San Francisco, a las 6 de la mañana algunas señoras lo ofrecen de casa en casa; lo elaboran en un horno de leña, recién hecho produce un olor exquisito; es muy apetecido por las personas de esta región; Doña Victoria continúa: —Eso fue la Vieja, a mi me dio como miedo, y eso que ya iba a amanecer; desde eso, mejor me empecé a ir a hacer pan de maíz cuando ya estaba más o menos clarito; una cosa de esas es miedoso, y en ese tiempo, sin energía, nada, peor. —Luego, añade:

—Esto yo escuché, no me pasó a mí, pues, como yo soy zapatera, viene la gente, deja sus zapatos y, pues, de paso, uno conversa; bueno, eso era antes, cuando había trabajito de arreglar zapatos, porque ahora sí está bien malo; de cuando en cuando me traen algún par, y con tanta competencia, peor; bueno:

La gente cuenta que Don Tobías Vallejo y Don Nectario tenían una finca, pero cuando llegaban encontraban a las bestias con la cola hecha trenzas; ellos sabían que era el duende, que hacía travesuras; un día no encontraban a dos vacas, y ese duende bandido las había amarrado a las dos juntas y ‘ezque las había metido en la bodega; Don Tobías se había enfurecido y le dijo a don Nectario: mañana madrugamos más, para coger a ese duende. Dicho y hecho, al otro día llegaron con agua bendita y ruda; pero nada el duende que aparecía; cuando Don Tobías empezó a gritar: ¡salí, duende malparido!, y apareció una persona chiquita con sombrero grande; los tipos se agarran a echarle piedras y el duende coge un perrero; eso, les pegó una fuetiza, pero de esas; don Nectario quedó patojo; por eso se lo conocía como “el patojo Nectario”, y uno le preguntaba: ¿por qué estás patojo?; decía: “ese duende, que me cogió a fuetazos”.

—¡Ay!, espéreme un ratito, —dice Doña Victoria, —dejé la tijera por allá dentro; —se quita la ruana que tenía alrededor de sus piernas y se le ven los zapatos llamados abuelitas; en una esquina había zapatos viejos, al parecer de otra época; seguro, no los reclamaron más.

La casa era oscura, en la puerta para ir atrás se veía un helecho colgado, sus ramas eran bien largas; Doña Victoria entra: —El duende es bien molesto, que el Señor nos libre de tener la desfortuna de encontrarlo; a los más verracos y creídos más los jode —y suelta una carcajada; su voz, era bien suavecita; —otra cosa le pasó a mi mamita:

Mi mamá, que en paz descanse, contaba que antes vivíamos a la salida del pueblo; ella trabajaba lavando ropa hasta tarde; ella bajaba todas las noches sola, no le daba miedo, pero una vez pasaba por el parque y alcanzó a ver una puerca en una puerta; dijo: “la puerca de doña Lucha se ha salido, parece que va a dar cría; pero ahorita no le toco porque ha de estar durmiendo”; cuando ya iba más cerquita de pasar por donde estaba la puerca, dice mi mamá que la puerca se fue criando y criando, hasta hacerse bien grande; mi mamá dice que eso era el diablo, y empezó a correr y rezar; la puerca ‘ezque iba detrás; cuando llegó a la casa, tocaba pasar una rejilla; mi mamá se derrumbó por ahí y empezó a gritar: “abran la puerta que me cogen“, y decía: ay, Señor, favoréceme, yo no ando de noche con mal fin, ando trabajando por mis hijos; favoréceme, Dios”: eso fue tremendo susto.

Doña Victoria agrega: —Todo lo que tenga que ver con puercos es obra del demonio; que existe, existe, eso nadie lo puede negar, así como hay cielo hay infierno; —estas palabras denotan la caracterización de obra del mal de todos estos espíritus; la señora

acaba de arreglar los zapatos y ve pasar al vecino y mueve las manos para decir, asustada: —ah, verá:

El vecino de aquí al lado siempre lo llevaba a su hijo a pescar; un día se había puesto a llover, entonces le dijo: “m’hijo quédese debajo de este árbol, ya regreso”; el niño se quedó ahí, tapado con una ruana, cuando que se le apareció la mamá; él, contento, se tiró a darle un abrazo, pero se transformó; había sido la Vieja; le peló las muelas y éstas estaban llenas de gusanos; entonces, el muchacho empezó a putear, porque cuando se le aparecen unas cosas de esas, no hay que decir Virgen Santísima, sino que putear, lo que más se pueda; el niño, que se agarró bien y empezó a gritarle: “vieja hijueputa, malparida”; él la miraba y se seguía haciendo cada vez más fea, hasta que se desapareció; cuando llegó el papá, encontró al niño llorar y llorar; que le decía: “Casi me llevan, papacito”; gracias a Dios, la Vieja no se lo llevó; después de eso, el papá no lo volvió a dejar solo.

—Es que hay padres que son muy descuidados con sus hijos, por eso la misma vida los castiga; hablando de vida, ahorita se me vino en la mente lo que le pasó a la vecina de aquí arriba; ella misma me contó y estaba muy asustada; son cosas de la otra vida, que son bien miedosas:

La vecina antes trabajaba en la Inspección, que quedaba por la calle del parque; ella cuenta que una vez, con dos compañeras más, tuvo que quedarse hasta tarde, y que las calles estaban destapadas porque estaban haciendo alcantarillas, y, como cosa rara, escucharon un carro que bajaba, y, pues, dijeron: ¡Cómo, si las calles están destapadas!; la vecina se asomó y mira un carro que alumbraba hartísimo, en las llantas echaba fuego, y se escucha como rechinar de personas; el carro llegó a la esquina de don Peregrino y se elevó por los aires; ella qu’ezque gritó: “Cristo, favoréceme, es el carro de la otra vida”; ella cerró los ojos, porque dicen que si se lo queda viendo mucho rato, se carga a la persona; eso es mejor ni asomarse.

Mientras tanto, afuera la noche empezaba a aparecer, se empezó a sentir un frío muy fuerte; Doña Victoria se pone una ruana blanca, guarda lentamente las herramientas de trabajo y, con un suspiro, dice: —Ha terminado otro día más de esta vida.

2.2.6 Las calles testigas del tiempo

Las calles son el cuerpo construido de San Francisco, han sido testigas segundo a segundo del devenir de la existencia; no sólo el imaginario hace parte de la herencia cultural, sino también el espacio, la naturaleza, las casas, el viento, el aire, la lluvia, forman el corazón de esta bella tierra.

Al caminar por las calles de San Francisco, se recorre la piel, se ven los tatuajes de miles de huellas que han construido lo que es hoy San Francisco; cada calle tiene un nombre y sobre ella se despliegan sueños y devenires, encuentros y desencuentros, las miradas se cruzan, las palabras tejen la historia y resaltan la mirada mágica de Huairasacha.

Siguiendo el eco de las voces, se llega a una calle con pocas casas; el olor a soledad se mezcla con el viento que acaricia los cuerpos, el frío es la cobija de las palabras; en la última casa vive Don Pablo Otaña, un señor que se dedica a la sastrería; él es conocido por ser el hijo de la difunta Josefina, una curandera distinguida.

Don Pablo es un hombre de una gran alegría; su voz gruesa, pero llena de misterios, atrae; dice: —Buenas, buenas, qué frío, ¿no?; —un olor a incienso empieza a sentirse, las palabras empiezan a salir: —En este pueblo sí pasan cosas extrañas, a mi me llama mucho la atención del duende; yo siempre he querido encontrármelo pero no he podido; he visto y sentido cosas, pero no he visto ese bendito duende, pero:

Mi abuelo contaba que hay el duende negro y el duende blanco; el negro es el malo, se burla de las personas, las enduendaba, y eso las hace hasta comer estiércol; pero el duende blanco es el duende de la suerte, si usted se lo encuentra le pasan cosas buenas, o él lo ayuda cuando está perdido en la selva, y cosas así.

Recuerdo mucho la historia que nos contaba de un muchacho del pueblo, bien pobre: en ese tiempo se acostumbraba a pescar mucho; un día el muchacho se fue a pescar al río San Francisco; él pescó una trucha grandísima, pero jalaba para sacarla y se hacía pesadísima y otra vez se le caía al río; entonces, volvía a tirar la caña y otra vez sacaba la trucha, pero se volvía pesadísima y se le soltaba; varias veces hizo lo mismo, hasta cansarse, y de pronto le tocaron la espalda y, pues, que volteaba a ver y nadie; él, muerto del susto, se vino mejor para el pueblo, cuando 'ezque miró un muchachito pequeñito blanco, blanco, que tenía como una túnica blanca, y un sombrero grande; este ser lo quedó viendo y con una voz suavecita le dijo: "Hola", y se desapareció; el muchacho llegó al pueblo, asustado; en esas se encuentra a Don Julio García, y al verlo, asustado, le preguntó: ¿Qué te pasa, muchacho, por qué llegas corriendo?; el muchacho, pues, le había contado todo, y Don Julio le dijo: "Te felicito, ese es el duende de la suerte"; y claro, el muchacho se ganó la lotería; ahora vive en Pasto y tiene buses, taxis, apartamentos.*

La creencia en el duende blanco existe, algunos lo consideran como un ángel que viene a ayudar a los más necesitados, pero Don Pablo, con una voz más fuerte expresa: —¡Cuidado!, hay que tener mucho cuidado, si el duende blanco es bueno, el negro es el triple de malo:

Esto pasó hace mucho; mi mamita vivía, era Doña Josefina, ella era curandera; a cuántos que curó en el pueblo y de otras partes; mi mamita contaba que le trajeron una señora, pero lo más de torcida la cara; a ella le daba mucha pena, porque no podía ni hablar la pobre señora, y pues había sido que tenía mal viento; el duende la había enduendado por tres meses, eso en la casa la molestaba y la jodía por todo: que le escondía las cosas, le apagaba el fogón, le hacía hartas travesuras; como una vez que ella abrió una caja para ver qué sería que tenía y de ahí salió el duende brincando; así, la atormentó hartito tiempo; mi mamá le enderezó la cara a la señora, a punta de sahumerios, pero la señora quedó loquita, porque cuando se apodera la ilusión es fregado y más cuando es por hartito tiempo. Mi mamita no la podía curar por nada, pues prácticamente no pudo, pero, en fin, cuando Dios no quiere ahí si no hay nada que hacer; pero a mí estas cosas no me dan miedo, sino que me causan curiosidad, admiración.

* Pablo Otaña, 65 años, Barrio Los Pinos.

Él se queda pensando y, con una sonrisa, cuenta:

A mi me gustaba tomar mucho el aguardiente; una vez me puse a tomar en la esquina, y uno, en lo bruto que es, me decía: “cuál está, tanto miedo que le colocaba al parque, me voy a ir caminando por el centro”, porque decían que en el parque se miraban varios espantos; pero nada me apareció, yo me reía no más; cuando iba por la esquina de don Peregrino Coral, miro una monjita, pero bien alta; entonces, yo pensé: ve, es la hermana de los Gómez, le miré hasta el rosario; volteé a ver y la miré que los pies de ella no estaban en el piso, sino que estaba elevada, era como si el viento se la llevaba; a mi se me quitó los tragos que llevaba encima y empecé a correr para mi casa; después, creo en los espantos, uno empieza a tenerle miedo y respeto; además, ya no paso por el parque a altas horas.

Don Pablo suelta una carcajada y expresa: — ¡Bendita monja! Qué voy a ser hablador, me asustó, es que ese parque tiene un aire pesado, debido a muchas razones, que hasta da miedo decirlas; —mientras tanto él suspira, y continúa: —Esta vida, ¿no?, sólo vivir para morir; eso hay cosas bien extrañas.

Sus gestos expresan alegría y su mirada brilla, mientras recordaba y traía a colación su experiencia; de pronto, hablando despacio dijo: —¡Recordar es vivir dos veces!; hablando del parque, a mí me pasó otra cosa:

Yo trabajaba en la alcaldía, de celador; una noche la aseadora llegó con la hija a hacer los oficios porque se le había hecho tarde; mandó a la hija a botar la basura al patio, entonces la niña se agarró a llorar y decía: “yo no voy, yo no voy, no ve que allá sale un señor bien velludo, bien velludo”; yo pensé: buenamente le pregunté; entonces, en los días que seguí trabajando, yo tenía los ojos sólo allá, donde decía la niña que miró al señor, y empecé a escuchar pasos, ruidos, como cuando se golpea la piedra con el machete, varias noches así; entonces, yo llevé ramo bendito, agua bendita, ruda, romero; una vez me quedé conversando hasta tarde, él me decía: “verraco usted, verraco para trabajar aquí, porque esto es miedoso”; yo le dije: “por la necesidad toca”; y me aconsejó que cargue la Biblia; le hice caso, la leía y la dejaba abierta hasta el otro día; cuando se escuchó gritos de sufrimientos, eran bien largos y también de chillidos, parecía que salían de la bodega; yo, haciéndome el valiente, le dije: “vamos, asomémonos”, pero se aumentaron los gritos, y me acordé que mi mamita sabía decir: “Cuando se escuchan los gritos cerca, ‘ezque la ilusión está lejos, pero cuando se escuchan lejos, la ilusión está cerca”; los gritos se escuchaban cerca, entonces me tranquilicé un poco; la alcaldía es bien pesado, ha habido muchos policías que se han salido, porque los asustan; eso es por todos los muertos de la tragedia de Murallas.

—Esa me pasó a mí; cuando los policías estaban en la alcaldía, eso se fueron corriendo más de uno, enfermos, de todo; vea, el señor que llegó en ese carro, una vez lo encontraron viringo; —soltó otra carcajada:

Cuentan los abuelos que don Manuel Carlosama apareció viringo en la quebrada, pero así como Dios nos trajo el mundo; un señor, que lo encontró y le preguntó qué pasaba; Don Manuel, muy asustado, le contó que estuvo en la cantina un rato, se tomó unas cervezas y ya se iba para la casa, cuando pasaba por el parque miró una mujer bonita, que le decía que la ayude, y él se acercó a ver qué le pasaba, pero la mujer bonita se transformó en una vieja bien fea, alta, con unas muelas grandotas, y pues que ahí lo privó, y por eso no se acordaba de nada, sólo que al otro día apareció en la quebrada sin saber por qué.

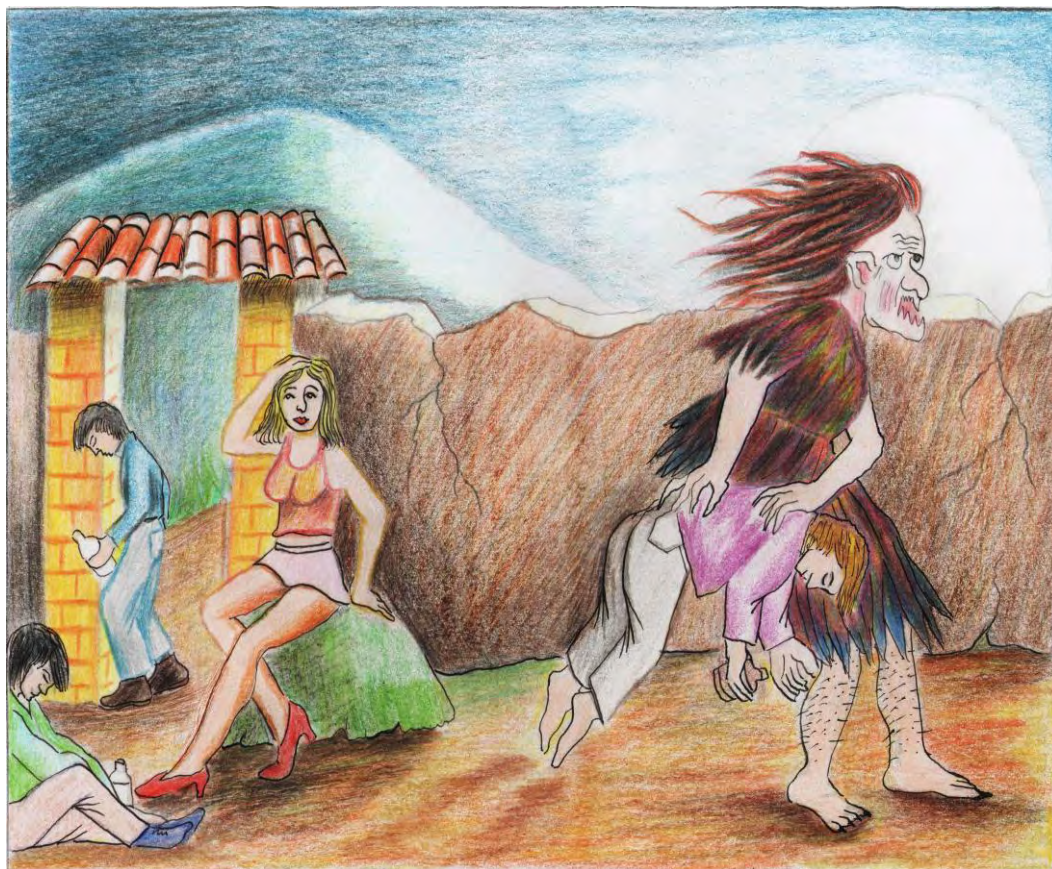


Figura 11. La Vieja llevándose borrachos.

—Pero, bueno, más de quedar viringo no pasa; pero hay casos que la Vieja los mata, los deja locos, cosas así, eso es fregado; otra historia que se me viene a la cabeza fue lo que le pasó al profesor Miguel Ángel, que en paz descansa:

Esto que le voy a contar nadie me dijo, yo lo miré con mis propios ojos; resulta que una vez, el profesor Miguel Ángel Gómez, que en paz descansa, cuando era muchachito andaba por la calle del cementerio, estaba ido, pues yo creo que privado; resulta que él caminaba a modo de cuadro, es decir daba unos pasos hacia arriba y se regresa para abajo, luego unos pasos a la izquierda, se regresaba y caminaba para la derecha, nadie sabía qué era que le pasaba; llegó la mamá de él con otros mayores, al parecer estaba emparentado, es decir eso es cuando uno parece que estuviera encerrado como en un pedazo de espacio y no puede salir d'él; eso llevaron ramo bendito, ruda, agua bendita y le hicieron un sahumerio, así fue volviendo, y contó que miró una mujer bien bonita que lo llamaba, él se acercó y que ella se transformó en monstruo, olía bien feo, nada más se acuerda.

—Que hay malas energías, hay, eso póngale la firma; bueno, ahora tengo que irme al juego de volibol, ese es mi entretenimiento.

Así, lentamente se sigue resaltando este mundo de magia, que es la sombra de San Francisco, una sombra de colores que brilla en la herencia cultural de esta tierra; al

tener este conocimiento, la mirada sobre esta tierra cambia, se embriaga de sus misterios, de su pensamiento, de su imaginario, de su belleza natural, un pedazo mágico del Valle de Sibundoy.

2.2.7 98 años de existencia



Figura 12. Faustino Chávez, 98 años.

En el barrio Jesús Alfonso Botero, vive Don Faustino Chávez, oriundo de Nariño; llegó a San Francisco cuando tenía 25 años, lleva viviendo 63 años en esta población; es un hombre conservado, goza de buena salud, con una gran memoria; recita poesías en varios eventos, que las aprendió cuando tenía 8 años de edad; es muy querido en el pueblo.

Siempre usa ruana y sombrero y para él es sagrada la misa de los domingos; los días de la semana está asomado en la ventana viendo a San Francisco devenir; contento, sale a la puerta y dice: —Buenas tardes; Dios me ha dado muchos años de vida, por eso algunos en el pueblo me llaman Moisés; — lo dice riéndose. —Para mí el trabajo es la vida; desde niño empecé a trabajar en la tierra, pero cuando el doctor me dijo que

yo ya no podía trabajar me enfermé, pero, pues, ya estoy repuestico; —su rostro casi no tiene arrugas, pero en sus ojos se ve el cansancio:

Yo trabajaba en La Susunga, para don Segundo Ortiz, y, pues, me mandó a socavar pasto, lejitos; allá me tocaba quedarme en un rancho, que estaba al lado de un árbol grande, bien bonito; el trabajo era por una semana; en el penúltimo día, me quedé trabajando hasta tarde, se oscureció, me empezó a dar miedo y, para llegar rápido al rancho, cogí un atajo; llegué y me puse a hacer un fogón, cuando sentí una musiquita bien bonita; se escuchaba: “Guirris, guirris”; a lo lejo divisé que venían dos personitas, pero chiquiticas, chiquiticas; entonces, yo empecé a echar machetazos a una piedra que había ahí, para asustarlos, pero escuché más duro la música, con un tamborcito, y decía: “guirris, guirris”; sentía cosquillitas por el cuerpo y me dio un sueño suavecito, suavecito y ya no me acuerdo más... Hasta que me desperté en la finca del patrón; yo, asustado, me levanté: ¿qué pasa?, pregunté; me dijeron: ¡Te enduendaron, Faustino!, cinco días se perdió, tocó mandarlo a buscar, usted estaba en una quebrada sobando dos piedras; su mujer lo anda buscando, ya ha de venir.*



Figura 13. Imagen del duende en San Francisco.

—Pero yo no me acuerdo esos días que dicen estuve perdido, sólo cuando abrí los ojos, que estaba en la finca y rodeado de gente, pero fue que yo me alejé mucho, también; bueno, en últimas no sé lo que pasaría; a mí me tocaba ir a trabajar también para la vía a Mocoa, y me daba susto porque:

Un vez contaban que por el camino de herradura, por donde antes se iba para Mocoa, en un punto que se llama La Tortuga, hay una cueva grande, y cuando coge la noche, uno puede pasar ahí; una vez unos señores, que ya son muertos, iban para Mocoa, pero se les hizo tarde, más de la cuenta, estaba en pleno invierno y se tapó la vía, porque la quebrada estaba crecida; tuvieron que bajarse y meterse a la cueva, cuando empezaron a

* Faustino Chávez, 98 años, Barrio Jesús Alfonso Botero.

escuchar gritos que decían: “ Chino, chino, chino” y, al ratico, sintieron que los jalaba; eso había sido una noche espantosa.

—Esa tal vez sea La Llorona, pero ese día sí les había pegado un gran susto; cuando yo llegué a este pueblito era pequeñito, ¡cuánto que ha progresado!, pero un pueblo tan viejo tiene sus espantos, para asustar, cuando hay cosas malas, o pesadas; otra cosa que me pasó fue:

Una vez yo subía tarde por el parque, cuando escuché que venía un caballo como de arriba; me pregunté: ¿quién andará a estas horas? Ese caballo gemía duro, yo me esforzaba para ver más, cuando miré que esa bestia echaba fuego por la boca e iba como por el aire; el jinete estaba vestido todo de negro, y no tenía cabeza; qué susto que me dio, tiritaba del miedo; cogí duro el escapulario que me había dado mi mamá, y quedé como privado, no me acuerdo más qué pasó; al ratico, desde eso ya no volví a subir tarde por el parque, prefería dar la vuelta.

—Uno a veces le coge la noche por la calle; —don Faustino recuerda su juventud con nostalgia y dice: —yo no pensé vivir tanto, pero aquí estoy. Eso es lo que a mi me ha pasado; —de repente llegó un señor a saludarlo: —Compadre, ¿cómo le va?; usted, como siempre, cada día más joven; —¿Qué va a creer?, le responde, —si la anterior semana casi me muero; venga, compadre, siga y conversemos.

El señor era Don Joaquín; entra a la casa, se sienta en un banco elaborado por los indígenas Kamsá y, luego de hablar sobre sus amigos, llegan al tema de los espantos y sustos, historias que mantienen vivas en sus mentes; don Joaquín expresa: —Pues a mi esas cosas me dan miedo, no me gusta ni contarlas, pero es bueno que la gente sepa, de pronto les sirva la experiencia:

En ese tiempo, yo trabajaba cosechando maíz, pero esa vez nos tocó ir a Sibundoy; se me hizo tarde y, pues, antes la carretera para llegar a San Francisco era bien fea, no estaba pavimentado como ahora; yo vivía en San Francisco y me tocó venirme tarde, a eso de las seis, ya estaba oscureciéndose; yo venía en bicicleta y con una linterna que me prestó el patrón; eso estaba oscuro, oscuro, oscuro, y me daba un miedo; cuando, a mitad de camino, se me rompió la cadena; yo, asustadísimo, decía: ¡Virgen Santísima, favoréceme! Pero, pues, yo no tenía miedo a las ilusiones, ni a los espíritus, sino a la gente mala, que de pronto sale; yo intenté arreglar la bicicleta, cuando, ¡Santo Dios!, apareció una persona enana, enana; a yo se me enfrió todo; tenía un sombrero grande, se acercó, dejé botada la bicicleta y salí corriendo; cuando me di cuenta, llegué al puente de San Francisco y alcancé a ver una bicicleta, alumbré bien y era la mía; ya estaba arreglada; yo, de bruto, dije: eso ha de ser obra del demonio; la llevé al otro día al padrecito, que me la bendiga, y él no creía; pero yo le contaba a los mayores del pueblo y decían que eso era que me había ayudado el duende blanco, y, pues, uno sin saber.*

A pesar de que existe un susto con respecto al duende, también hay personas que han sido ayudadas por este personaje; Don Joaquín coge su gorra y dice: —Otra vez me asustaron feo:

Yo era músico de la banda Ecos de Oriente, y, pues, cuando había eventos en el pueblo, nos poníamos a tocar música, y ese día el Corregidor organizó un bazar y nos llamó para que animáramos el evento; en ese tiempo el parque no había, era una plaza nada más y

* Joaquín López, 69 años, Barrio Albornoz.

habían hartos árboles; resulta que se hizo tarde, y, pues, yo vivía por el barrio El Recuerdo, y yo me fui; cuando pasaba por la plaza, sentía como que alguien me seguía y respiraba al lado mío; voltié a ver atrás y nada; di unos pasos más, ya iba a pasar por el convento, cuando salió de ahí una mujer vestida de negro, andaba como en el aire; claro, pues ya era la mala hora, y esa vieja era bien alta; yo empecé a correr, del susto, y parecía que ya me alcanzaba; mi mamacita sí me decía: después de la mala hora, es mejor ni asomarse.

—Cuando yo pertenecía a la banda, como salíamos tarde de los eventos, a varias personas le pasaban cosas extrañas; lo que yo les cuento no fue nada, esto es bueno saberlo, como para ser precavido; pero, pues, se escucha más cosas de lo que les pasa a los borrachitos, en especial la Viuda que los jode, pues:

En el año de 1950, mis papás contaban que vieron a la Viuda por varias partes de San Francisco: la vieron en la esquina, en la iglesia, en el cementerio; era una señora de vestido negro, alta y especialmente amiga de los borrachos, por eso varios aparecieron en el cementerio; por ejemplo, yo tenía un primo, que se llama Raúl, y dice mi abuela que él era viciado para ver la Viuda; una vez se fue a jugar billar y ya estaba tomadito, entonces él subía por el parque y miró una señora que se paró en la esquina y lo llamaba; él trato de esquivarla y la Viuda le salía por otro lado, tapándole todas la calles para llegar a la casa, hasta que, por fin, pudo llegar, tocó la puerta, le abrieron y se desmayó.

Don Faustino, atento a los relatos de don Joaquín, dice: —Verdad; pero, bueno, yo escuché no de una borracha, —y suelta una carcajada, —sino de una mujer decente. —Don Joaquín sigue contando:

Una señora, Doña Luz Mila traía comercio de Pasto, pero en esa época, para viajar, tocaba madrugar a las 2 de la mañana y donde queda la gallera miró una señora toda despelucada, y gritaba feísimo, diciendo: ¿dónde está, dónde está?; doña Luz, que cogió su rosario y empezó a rezar; la Viuda se le venía acercando y gritando, entonces cerró los ojos bien fuerte, porque si usted mira a la Viuda de frente, se la lleva por meses, la entunda, pues; Doña Luz sintió que pasaba por al lado y sintió un frío pero horrible, se le puso la piel de gallina; después de un rato, abrió los ojos, prendió la linterna y cuando miró al suelo, miró toda la plata que llevaba hecha pedazos.

—Sí, pues, —dice Don Joaquín: —la Viuda persigue a los borrachos, pero yo también escuché fue la Vieja. —y sigue hablando:

Un tipo medio tomadito estaba, se encontró con una mujer, pero la cara no se le veía; la empezó a molestar; esa vieja coge, lo prensa en una ventana, y no lo aflojaba; que olía bien feo, pero no le podía ver la cara porque lo tenía prensado; después lo llevó arrastrado hasta la puerta del cementerio, y amaneció en una bóveda; días después, lo llevaron donde varios curanderos para que lo curen de mal viento, pero nadie pudo curarlo, y, pues, quedó chiflado, hablaba de una cosa, de otra; eso fue la Vieja; dicen que él era bien mala clase, por eso se lo llevó la Vieja, porque Dios dejó a esos espíritus aquí en la tierra para que castiguen a las personas que se portan mal.

—Eso es, —dice Don Joaquín; —bueno, ya está como oscureciendo, es hora de irme; hasta luego, compadre Faustino; —el señor coge su bicicleta y se marcha, mientras tanto Don Faustino se levanta y se para en la ventana mirando hacia la construcción de la nueva carretera San Francisco-Mocoa; sus 98 años son el caminar por esta larga

vida, recibida en el Putumayo, tierra de encanto; las campanas de la iglesia repican, engalanan con su sonido el día; su majestuosa arquitectura se impone en el paisaje, acompañada en el cielo con nubes anaranjadas que se mecen sobre la atmósfera; las palomas, en el centro del parque, empiezan su vuelo de un lado a otro, como si dieran un espectáculo a la población.

En la parte de abajo del parque está la cruz que representa la primera señal de cuando llegaron a Huairasacha y fundaron San Francisco; más que un símbolo religioso representa el comienzo de una historia, la creación de un espacio para generar existencia, la formación de una comunidad, que perdurará por muchos años.

De esta manera, la palabra oral es fundamental para crear lazos comunitarios, educar a partir de la imaginación y la fantasía que nace del corazón de la población, por lo cual la literatura es parte básica expresada por medio de relatos que tejen las costumbres y la herencia cultural.

La palabra oral es el tesoro de todo un pueblo; en San Francisco, los relatos son el aire que le otorga belleza a esta población, pero al mismo tiempo son una reliquia pedagógica para señalar y expresar aspectos educativos que permiten mantener un orden dentro de la comunidad; por eso la importancia de revivirlos y hacerlos presentes en este mundo actual, que hace de la vida sólo un medio de satisfacción materialista.

3. CONCLUSIONES

En el día a día de una población se va construyendo lo cotidiano, donde se presenta un movimiento de acontecimientos y encuentros, pero la ilusión del tiempo los inmoviliza y las exigencias de la modernidad los opacan; en consecuencia, se cae en una monotonía, en un ocultamiento del significado simbólico de las vivencias cotidianas y al estar en esta superficialidad se cree que no pasa nada; sin embargo, es existencia y tiene vida.

Por ello, surge la necesidad de romper estas limitaciones y escapar de las políticas opresoras, para adentrarse en la profundidad donde está lo desconocido; y aunque se habita lo cotidiano a lo largo de la existencia, es difícil valorar lo que pasa en ella; no obstante, en este espacio se encontraron los relatos populares de San Francisco, nacidos en la cotidianidad, en actividades como cocinar, trabajar, ir a eventos religiosos, estudiar, hacer mercado, estar en el parque, visitas de compadres y comadres, diversiones, conversaciones, entre otras.

Los relatos son la voz de la memoria colectiva entrelazada con la cultura, la identidad y las tradiciones de una comunidad; al mismo tiempo, son una expresión literaria del imaginario social que da color, brillo y significado a la realidad, y sucede a través de la tradición oral, proceso por medio del cual se narra y se escucha, se enseña, se aprende y se proyecta de generación en generación el camino de un pueblo.

En este caso, cada persona hace parte de la memoria colectiva de San Francisco, y está marcada con la identidad de la comunidad; al respecto, María Acuña afirma: “Memoria e identidad se encuentran entrelazadas, de modo que el conjunto de significados de toda identidad individual y grupal que da un sentido de pertenencia a través del tiempo y el espacio está basado en el recuerdo y a su vez lo que es recordado está definido por la identidad asumida”¹¹.

Esto es posible gracias a la tradición oral, al ser el ejercicio de la capacidad social de un pueblo para edificar su historia, construir su memoria, significar tradiciones y constituir su identidad para así entregar la herencia cultural a las nuevas generaciones; además, narrar es dibujar hilos invisibles sobre la piel de la comunidad, que crea lazos de unión.

Ahora bien, el deseo de comunicar nace de un sentimiento de comunidad; por ello, este aspecto se lo puede considerar como un principio inquebrantable para originar y

¹¹ María Elena Acuña. Género y generación en la transmisión de la memoria, en <http://www.2cyberhumanitatis.Uchile.c/11macunahtml>.

dar continuidad a los relatos; por tanto, los recuerdos que toda persona tiene no sólo pertenecen a ella, sino, también, hacen parte de su comunidad; es decir el pasado de un individuo hace parte de la memoria colectiva, que va construyendo identidad, cultura y tradiciones.

De esta manera, las personas de Huairasacha no sólo recuerdan los relatos populares, también le dan vida a la herencia cultural de esta hermosa tierra, a partir de palabras mágicas que, a través del tiempo, crean un mundo maravilloso que llena de colores la realidad. Así, se forma la literatura popular, originada en las calles de San Francisco, en su agradable naturaleza, en los espacios de encuentros y desencuentros que inciden en los individuos y en la comunidad y posibilitan devenires.

Dentro de este marco, la imaginación y la creatividad poseen una fuerza social sobre la realidad y al mismo tiempo en los individuos, donde se presenta una relación con el espacio, lo histórico, lo cultural, lo folclórico y otros aspectos; se da apertura a los imaginarios sociales, que amplifican la existencia y representan de una manera singular los acontecimientos ocurridos alrededor de la comunidad, que forman una escenificación de la vida que brinda un sentido y una razón de ser a nivel individual y colectivo.

Como es posible darse cuenta, los imaginarios nacen de una aprehensión del mundo que origina unos parámetros, que permiten una mejor comprensión de la realidad, por lo cual se convierten en la base fundamental de significación que construye la identidad de un pueblo; es decir, a algunos acontecimientos cotidianos se les otorga un significado, que es el sustento del caminar de una sociedad.

En el caso de los relatos populares de Huairasacha, se encuentra la creencia en seres sobrenaturales, que cuidan las huacas, están presentes en la naturaleza, caminan por las calles de la población, espíritus que persiguen a los borrachos; estos seres los denominan : el duende, la Viuda, la Vieja, la Madremonte, los niños aucas, entre otros; además, se resalta el parque Los Fundadores, espacio donde han ocurrido varios acontecimientos desagradables y aparecen infinidad de espíritus que espantan.

La existencia de estos personajes hace parte de un mundo de magia y fantasía, que se despliega en la realidad y se apropia de ella; ellos son el alimento existencial, porque son el fundamento de la naturaleza espiritual del ser humano; por ello, la imaginación, la creatividad y los símbolos son aspectos que proporcionan un sentido a la experiencia de estar con vida.

Por otra parte, otro aspecto encontrado en el imaginario de San Francisco es la creencia en la maldición hecha por los indígenas sobre esta zona, porque perteneció a ellos y les fue usurpada, como se describe cuando se dice que por haberles quitado la

tierra, los indios echaron la maldición de que iba a llover mucho en este pueblo; además, que iban a aparecer espíritus tenebrosos, y eso ha sido verdad.

Como se puede ver, a los fenómenos naturales de lluvia y viento se les ha otorgado un significado que responde el cómo y el por qué del clima, explicación que hace parte de la identidad de la comunidad.

Otro ejemplo al respecto se expresa en un relato que explica cómo una persona se volvió rica, justificado por el encuentro con el duende blanco, cuando un muchacho pobre del pueblo un día se fue a pescar al río San Francisco, cuando dizque miró un muchachito pequeñito blanco, blanco, que tenía un sombrero grande... el muchacho llegó al pueblo, asustado; en esas se encuentra a Don Julio García, le contó todo, y él le dijo que lo felicitaba, pues ese era el duende de la suerte; y, claro, el muchacho se ganó la lotería, lo que le cambió la vida.

En efecto, hay una gran variedad de narraciones para formular explicaciones de fenómenos sociales y saciar la angustia de los individuos para encontrarle un sentido a la vida cotidiana. De esta manera, los símbolos y significados están inmersos en los relatos, que son la extensión del imaginario social.

Ahora bien, los imaginarios sociales en Huairasacha se tejen por la interacción entre las personas de la comunidad, donde se presenta un proceso educativo que genera un sentido simbólico sobre su entorno, basado en las experiencias cotidianas de las personas, pero si no los recrea la tradición oral son tocados por el tiempo y la existencia se aparta de ellos.

En este sentido, una de las formas de llevar a cabo este proceso, es por medio de los relatos populares, donde se pueden encontrar aspectos culturales, mágicos, religiosos, entre otros; todo esto se concibe gracias a la tradición oral, que se la puede considerar como un puente pedagógico de gran envergadura entre las generaciones de un pueblo.

Cabe mencionar que tradición proviene del verbo latino traditio, que recoge todos los significados del verbo tradere, que se refiere a enseñar y entregar; teniendo en cuenta esto, se puede inferir que los relatos contados tienen una función educativa, por ello no nacen de hechos al azar; por el contrario, emanan a partir de acontecimientos que han marcado el devenir de un pueblo y sobresalen por haber transgredido el sistema de valores y la moral.

Al respecto, Yosef Haynyerushalmi expresa: “Lo único que la memoria retiene es aquella historia que puede integrarse en el sistema de valores, el resto es olvidado, por ello no hay pueblo para el que ciertos elementos del pasado, sean históricos, o míticos

y a menudo una mezcla de los dos, no pasen a ser una enseñanza; ¿quien decidiría a priori sobre el valor potencial de un hecho?”¹²

En consecuencia, del pasado se van transmitiendo de generación en generación escenas ejemplares, edificantes o hechos lamentables y despreciados; así se va formando una senda, por donde el pueblo marcha, pero el suelo es el conjunto de creencias que le da a la comunidad un sentido de identidad, un sentido de obrar y también de su destino.

Así, los relatos cumplen una función de sostenimiento acorde con un sistema de valores y con la moral para los miembros de una comunidad; es decir, son una autointerpretación entre el bien y el mal, que le otorga un significado a los sucesos que transgreden el ir normal de las cosas; por ello, los relatos trazan líneas invisibles y le dan un sentido al mundo exterior, sin aparente significado.

En Huairasacha, los relatos no son una excepción; van de la mano con los sistemas de valores y van marcando unas líneas entre lo bueno y lo malo; por eso tienen una función pedagógica que parte de mover emociones, como la alegría, la tranquilidad, el miedo o el terror; frente a ciertas actuaciones que repugnan a la comunidad, se resalta el buen comportamiento y se reprocha el malo.

Esto lleva a reflexionar sobre el proceso educativo en una comunidad, que se fundamenta en la transmisión de la herencia cultural entre generaciones, a través de diferentes formas, entendiendo por herencia cultural el conjunto de características culturales, tradicionales, religiosas y enseñanzas de cómo vivir y/o comportarse, entre otros aspectos.

En lo que respecta a la investigación de los relatos de San Francisco, se buscó identificar los elementos educativos, que se definen como características o lineamientos que se entrelazan entre lo fantástico y lo pedagógico, marcando unas líneas de comportamiento a nivel individual y, por ende, comunitario, en este caso a través de la palabra oral.

Por ejemplo, varios relatos hacen hincapié en la existencia de otra vida más allá de lo corporal; las personas que han tenido un comportamiento reprochable pueden tener encuentros desafortunados; este hecho se pone como muestra para revelar la moral de la sociedad, por ello las vidas difíciles que llevan las personas se convierten en ejemplos, como se puede notar cuando la tradición oral refiere que los abuelos contaban que había varios espíritus sueltos; cada uno, como buen cristiano, debería

¹²Yosef Haynyerushalm. Reflexiones sobre el olvido, en: <http://www.cholonautas.edu/> Biblioteca virtual de ciencias sociales.

rezarles y portarse muy bien, para que no se le aparezcan esas ilusiones, porque cuando alguien reza se protege; por eso, dicen, miran espantos las personas que tienen sangre débil.

La frase “portarse muy bien para que no se le aparezcan las ilusiones” expresa un gran mensaje; en primera instancia, darse cuenta del imaginario social al afirmar los espíritus, y, en segunda instancia, el portarse bien como un mensaje educativo.

Algo similar ocurre cuando se dice que: hay almas que andan sufriendo; que a ellas hay que orarles, hay que decirles: “¡Papito Dios, coge a estas almitas, no las dejes por fuera!”, pues se quedan fuera porque no han sido buenas gentes y luego se transforman en espantos.

Las personas que no son buenas gentes reciben su castigo, puede ser que cuando están vivos o después de muertos andan sufriendo; además, se observa la influencia del cristianismo cuando se menciona “¡Papito Dios, coge a estas almitas, no las dejes por fuera!”; las personas, con la esperanza de una vida en el cielo, deben evitar los malos comportamientos, al mismo tiempo que deben rezar por las almas que sufren; esto hace referencia a un valor religioso y de compasión.

Con respecto al valor religioso que se enseña, se ilustra cuando se narra que según los abuelos, los espíritus salen más en Semana Santa, por eso cada uno debe comportarse bien, como los padres dicen y se da el ejemplo de un compadre que se puso a tomar en esos días, pasó por el parque cuando del teatro salía una procesión; pero esa no era de este mundo, eran varios padres vestidos de café, pero descabezados, que llevaban un ataúd.

La religión es de vital importancia para toda comunidad, y más en San Francisco, ya que lo fundaron los padres capuchinos y se instauró la religión católica en la sangre, por ello cualquier persona que no rinda tributo y obedezca los mandatos de Dios es rechazada.

No obstante, es interesante encontrar, en algunos relatos, la imagen negativa de los padres; al parecer eran ambiciosos y obraban mal, como se puede ver cuando se relata que en una casa hubo un padre, ya difunto, que le atormentó la vida a una mamá; le revelaba, que en el solar había una huaca que la sacara.

Esto es importante, porque también revela un referente histórico que hace parte de la memoria colectiva de la región, y con el hecho de expresar que también son humanos se rompe con el paradigma, inculcado por la sociedad, del gran respeto a lo religioso. Ahora bien, se señala que los seres humanos no son perfectos, son débiles frente a lo

material, hasta los sacerdotes caen en ello, como fue el caso de algunos en San Francisco, catalogados como ambiciosos.

Por otra parte, en algunos relatos se nota un rechazo a las personas incrédulas, al no creer en espíritus es como si se negara la identidad de la comunidad, como cuando se dice que eso de ser incrédulo es lo peor; entre menos crea peor pasan esas cosas. Cuando las personas son incrédulas, les pueden suceder cosas peores; esto es una manera de proteger las creencias de la comunidad.

En algunos relatos, se encuentra el significado que tienen algunos espacios dentro de la población; son líneas invisibles que se convierten en símbolos inviolables y merecen un gran respeto por los habitantes, si se cruzan se castiga; por lo tanto, hay un mensaje educativo que consiste en generar respeto por las creencias que hacen parte del imaginario social; es una manera de educar para valorar el pensamiento de la comunidad y crear un sentido de pertenencia.

Ahora bien, existe una fuerte creencia en los entierros, conocidos como las huacas, cuidadas por espíritus, que se hacen sentir para que se descubran a través de sonidos, luces y movimientos. Los espíritus de las huacas revelan el sufrimiento de las personas que se han apegado a lo material; es muy claro el mensaje educativo: al morir, uno nada se lleva, por lo cual se intenta dar un valor al desprendimiento de las cosas materiales; no obstante, en los relatos de las huacas se busca darle prioridad a tener un espíritu noble y humilde, de lo contrario nunca la encontrarán. La huaca sólo la encuentran las personas que no tienen ambición y poseen sentimientos buenos; así, el imaginario social instaaura una atmósfera mágica, que fija unos parámetros que se ven vislumbrados en la realidad y propugnan por acciones humildes en las personas.

Una de las características de San Francisco es que algunos bares, conocidos en el pueblo como cantinas, quedan ubicados en el parque, y, según la investigación, antes se veía a muchos borrachos en la plaza, acto que reprocha la comunidad, por ello se escuchan muchos relatos de sustos y miedos. También, en el parque se dice que se adquiere mal viento, como en otros espacios que se señalan como pesados; el mal viento tiene una significación muy profunda; se lo considera como: malas energías que se adquieren en lugares pesados, y lo sanan los curanderos del pueblo a través de un sahumerio; es otra manera de evitar que las personas se acerquen a lugares que representaron situaciones desagradables.

Pero, también, en los relatos se pueden encontrar mensajes para los padres; a los hijos no se los puede dejar solos, y menos en espacios solitarios; se los debe cuidar porque están expuestos a muchos peligros. Ahora bien, con respecto a la relación con la naturaleza, existe la creencia de que hay un espíritu que la cuida y protege de los abusos del ser humano; esto es importante dentro de la comunidad, la naturaleza

merece ser respetada y cuidada, eso es lo que se revela en algunos relatos dentro de la sociedad; también el espíritu que cuida la naturaleza es creación del imaginario social, para transmitir elementos educativos.

Por otra parte, otro aspecto a registrar dentro de los relatos es el sentido educativo de ciertos grupos que antes existían en San Francisco, que hablan sobre la pérdida de la herencia cultural, que consistía en educar a los jóvenes en grupos de formación cultural y educativa, para que ocupen su tiempo libre; ahora bien, en la actualidad no existen, la falta de continuidad ha roto el proceso educativo que se daba en la comunidad para formar a los jóvenes en actividades que les aportan en su crecimiento personal.

De esta manera, se identifican algunos de los elementos educativos presentes en los relatos, objetivo que a permitido conocer el proceso educativo que se realiza a través de la tradición oral; sin embargo, es necesario tener en cuenta que el imaginario social implica la creación de sentido, de dónde se imparte educación a los miembros de la comunidad.

No obstante, la herencia cultural no sólo se afianza con la identificación de los elementos educativos en los relatos; ha sido importante pensar en el cómo, lo que condujo a vincular a las personas mayores al proceso educativo, ya que son memoria de vida; no todo el mundo vive de la misma manera, esto contribuye a comprender lo variado y múltiple de la existencia.

Además, es necesario plantear, en las instituciones educativas, enseñar a conocer lo propio, crear un sentido de pertenencia a la comunidad y el espacio de donde se es; para ello es necesario explotar la oralidad en los procesos educativos y comprender los orígenes del lugar y de la familia a la cual se pertenece; de esta manera, es necesario romper la incapacidad del diálogo y permitir la desocultación del ser, parafraseando a Heidegger, pues el lenguaje es la casa del ser.

Así, se fortalece la herencia cultural, ya que se transmitirían y, a la vez, se enseñarían elementos educativos que se cultivan de generación en generación; de la misma manera, el imaginario social no se perdería, hecho importante al ser la riqueza cultural y el fundamento de toda comunidad.

Otro asunto importante para reflexionar es si se presentan cambios al escribir los relatos, al ser parte de un proceso oral. En primera instancia, se reitera que la tradición oral carece de carácter de permanencia y, como se entenderá con las exigencias de la actualidad, esta interrupción puede ocasionar que la herencia cultural que se transmite corra el riesgo de desaparecer, y más aún cuando, en San Francisco, no se ha adelantado ningún trabajo investigativo sobre tradición oral; por ende, no se conocía

la voz de la población en lo que concierne a su literatura popular, los relatos, su imaginario social y experiencias de vida.

Por consiguiente, es importante precisar que cuando se cuentan los relatos, se da apertura a un espacio que resalta el presente, el sonido de las palabras toca el cuerpo y lo hace viajar por medio de las voces a un encuentro con el rastro infinito de la imaginación, que se viene formando en el devenir del tiempo; la ocasión de estar escuchando un relato es la conexión con el que narra, para un viaje en dirección a lo desconocido, donde florecen muchas emociones.

Mientras tanto, la escritura es el apoyo de la oralidad, para que se proyecte al romper barreras, romper límites y, en otras partes, por medio de la lectura se interesen por conocer la población, escuchar las palabras, conocer la cultura, que le dará valor al saber propio y a la herencia cultural; los relatos escritos le dan un gran aporte a las tradiciones orales en un mundo que intenta acabarlas; el relato escrito es una invitación para salir a conocer más realidades.

Además, se conoce que la lectura activa la transformación del pensamiento, la fuerza de la palabra exige su experimentación; así mismo, para la comunidad, la escritura servirá como apoyo a la memoria colectiva; la lectura dentro de ella puede generar un sentido de pertenencia, un reconocimiento de lo que es, ha sido y puede ser y, al mismo tiempo, cada palabra escrita es el símbolo de múltiples y variadas existencias, desde Huairasacha hasta San Francisco, en el presente y en un futuro.

Para resumir, este proceso oral y de escritura abre el camino a nuevas posibilidades de literatura, porque amplía la imaginación y la creatividad; las palabras no se quedan quietas, sino que dan continuidad a un ciclo infinito de imaginarios, porque los relatos están abiertos a transformaciones, abren nuevos espacios dentro de la literatura misma; como también cada persona, al ser un relato, tiene la capacidad de narrar sucesos y acontecimientos, con lo que se dejaría de ser cómplice del silencio.

A las nuevas posibilidades de literatura Juan Rúa las describe así:

La memoria viviente, el recuerdo personal, el don del habla, los filamentos vibrantes de identidad, los misterios del ensueño, la sabiduría intuitiva y los juegos de la imaginación constituyen una parte primordial de la cultura humana; cuando las palabras se decantan en cuentos, poemas, cantos, rezos, parábolas, mitos y leyendas, comienzan a brotar los factores de continuidad que hablan de transformarse lo natural y lo fantástico¹³.

¹³ Juan Rúa. La narración oral como tradición y descubrimiento. El espectador, Magazín dominical: No 327, 16 de Julio de 1989, p. 17.

Sin embargo, en la actualidad se está olvidando este camino; los pueblos, y en el caso de San Francisco, se encuentran sometidos a una enajenación de un sistema utilitarista, por lo cual se puede afirmar que la memoria colectiva, la herencia cultural, la identidad y el proceso educativo están a merced de los dueños del poder, que intentan invalidar lo propio, lo autóctono. Los pueblos son bombardeados por los medios de comunicación que, la mayoría de veces, muestran unas culturas como inferiores y, al no tener claro el camino, pierden su identidad y su memoria, ocasionan una aparente ausencia cultural y dan paso a un proceso de deterioro.

Esto lleva a un empobrecimiento de la cultura, que va de la mano con una insensibilidad por lo que acontece alrededor, la sociedad se ha convertido en un objeto útil al servicio de las satisfacciones superficiales de la economía, y ha sido encadenada a las ideas absolutas del racionalismo, mientras tanto el tiempo borra voces, acontecimientos, rastros e imágenes, que le otorgan magia a la existencia y propugnan por el éxtasis de estar con vida.

Por ello, es importante una apropiación de los saberes autóctonos, por medio de la literatura popular expresada en los relatos. Así, el trabajo realizado intenta luchar con aquellas imposiciones a partir del imaginario social de esta población y, a su vez, expresado en los relatos, que abordan una explicación fantástica y real de algún acontecimiento que ha causado interés en la sociedad; si el mito es una forma de dar sentido al mundo, los relatos dan significado a la existencia cotidiana de una comunidad en particular.

En este sentido, como se puede notar, es de alto grado la importancia de los relatos en toda comunidad, y en este caso en San Francisco; además, cada relato es una porción de vida, un conjunto de palabras que representa la existencia de generaciones, que vienen ocultas en el transcurrir del tiempo y siempre están en el presente, esperando ser atendidas por las generaciones actuales; pero si el arma del sistema actual es “el olvido”, y las logra tocar, no sólo se olvidarán historias fantásticas sino la memoria de un pueblo; los relatos amplían y consolidan los ámbitos de la cultura propia.

Por otra parte, el contar y escuchar hace comprender que se es a partir del otro; para ello se debe respetar la alteridad, estar dispuesto a escuchar lo que el otro tiene para decir; al respecto, Mario Ure sugiere: “A partir del otro yo mismo me descubro, descubro mi comunidad y la identidad en la cual me he formado”¹⁴; la palabra une a la comunidad.

¹⁴ Mariano Ure. El diálogo yo –tú como teoría hermenéutica en Martin Buber. México: Fondo de cultura económica, 2001, p. 20.

Ahora bien, en el devenir del tiempo, la aplicabilidad, en la educación de San Francisco, de los relatos, ha logrado construir la identidad por medio de la transmisión, de generación en generación, de elementos educativos; sin embargo: ¿qué logra una comunidad al construir su identidad y tener una herencia cultural? Logra crear lazos que permiten saber quién es y de dónde viene, ante la imposición de culturas de consumo implementada por la globalización.

Para finalizar, los relatos han permitido un viaje literario que intensificó la experiencia de vivir a través de la mirada mágica de San Francisco; hicieron parte de los símbolos y significados que caracterizan a toda población; además, las calles se convirtieron en caminos de encuentro con rostros invisibles del imaginario social y permitieron descubrir la esencia de la vida encerrada en la cotidianidad y, al mismo tiempo, despertar la propia imaginación para crear nuevas posibilidades de literatura.

Así mismo, comprender la importancia de los saberes propios como caminos que permiten liberarse de las imposiciones del oscuro sistema, para valorar raíces, lo que se es, y resaltar la educación comunitaria realizada a partir de los relatos populares; todo esto nace de escuchar la voz de la comunidad de estas encantadoras tierras que hacen ver lo invisible.

4. BIBLIOGRAFÍA

ARGUETA, Germán y Licon, Ernesto. *La identidad, la memoria, lo estético y lo maravilloso*. México: AC Editores, 1994. 165 p.

BACHELARD, Gaston. *El aire y los sueños*. Bogotá: Fondo de cultura económica, 1993. 327 p.

BASANTE, Ana Rita y Ruiz, Oswaldo. *Por los caminos de Chacapamba*. Pasto, Universidad de Nariño, Maestría en Etnoliteratura, 1999. 73 p. (Inédito).

BONILLA, Víctor Daniel. *Siervos de Dios y amos de indios*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2006. 380 p.

CAMPBELL, José. *El poder del mito*. Barcelona: Emece editores, 1991. 285 p.

CHAVEZ, Cecilia. Enciclopedia multimedia del municipio de San Francisco. San Francisco: Universidad Antonio Nariño, Postgrado computación para la docencia, 2001. 180 p.

CORTEZ, Manuel y Pantoja, Gonzalo. *Mitos, leyendas y relatos de arriería en Imues y Ospina*. Pasto, Universidad de Nariño, Maestría en literatura, 1989. 105 p. (Inédito).

ELIADE, Mircea. *Imágenes y símbolos: ensayos sobre el simbolismo mágico y religioso*. Madrid: Taurus, 1965. 300 p.

FERREIRO, Emilia. *Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura*. Barcelona: Gedisa, 2002. 186 p.

GALINDO, Luis Jesús. *Oralidad y cultura: la comunicación y la historia como cosmovisiones y prácticas divergentes*. Madrid: Revista internacional de comunicación, N° 5, Universidad de Sevilla, 2000. 60 p. [en línea: <http://grupo.us.es/grehcco/ambitos05/caceres.pdf>], acceso: 2012/05/22.

GÓMEZ, Germán. *Monografía del municipio de San Francisco*. Pasto, Universidad de Nariño, Licenciatura en Ciencias Sociales, 2003. 150 p.

GUEVARA, Laureano. *Metodología de la investigación*. Tunja: Universidad pedagógica, 2003. 189 p.

HELLER, Agnes. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península, 1987. 418 p.

JANIER, Gabriel. *Fuentes orales y educación*. Barcelona: 1998. 50 p. [en línea: webs.uvigo.es/profesorado/lecturas_educacion/], acceso: 2012/03/19.

NIÑO, Hugo. *Primitivos relatos contados otra vez*. La Habana: Casa de las Américas, 1974. 150 p.

OLSON, R. *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona: Gedisa, 1955. 224 p.

ONG, Walter. *Oralidad y escritura*. Bogotá: Fondo de cultura económica, 1996. 190 p.

PASCUAL, Patricia. *Oralidad y escrituras: Del primitivismo a la postmodernidad*. Barcelona: 2010. 79 p. [en línea [www.eduinnova.es/monografias2010/ feb2010/oralidadyescrituras.pdf](http://www.eduinnova.es/monografias2010/feb2010/oralidadyescrituras.pdf)], acceso: 2012/05/29.

REGALADO, Tatiana y Silva Lida. *Relato popular de aquí y de allá*. Pasto, Universidad de Nariño, Licenciatura en Filosofía y letras, 2008. 80 p. [en línea: <http://biblioteca.udenar.edu.co/atenea/>], acceso: 2012/05/15.

RODRÍGUEZ, Héctor. *Introducción a la teoría de los imaginarios sociales*. Pasto: Universidad de Nariño, 2001. 131 p.

RODRÍGUEZ, Jairo y otros. *El devenir de los imaginarios*. Pasto: Universidad de Nariño, 2002. 257 p.

RUA, Juan. La narración oral como tradición y descubrimiento. El espectador, Magazín dominical: No 327, 16 de Julio de 1989, 12 p.

SITTON, Thad. *Historia oral*. México: Fondo de cultura económica, 1989. 178 p.

URE, Mariano. *El diálogo Yo-Tú como teoría hermenéutica en Martin Buber*. Buenos Aires: Eudeba, 2001. 116 p.

VANSINA, Jan. *La tradición oral*. Barcelona: Editorial Labor, 1967. 224 p.